LA OBRA NARRATIVA DE PABLO DE OLAVIDE: NUEVO PLANTEAMIENTO PARA SU ESTUDIO

MARIA JOSE ALONSO SEOANE

LA ACTIVIDAD LITERARIA DE PABLO DE OLAVIDE

Pocas personalidades más significativas del siglo XVIII español y pocas más sujetas a desfiguraciones en vida y después de muerto como la de Don Pablo Antonio José de Olavide y Jáuregui. Limeño de nacimiento, su vida aparece ligada a Andalucía en donde desarrolla la casi totalidad de su actuación pública en razón de varios elevados cargos, entre los que tuvo singular carácter el de Superintendente de las Nuevas Poblaciones de Sierra Morena. Esta empresa de relieve universal hizo más sonada su detención por el Santo Oficio en 1776 y la posterior condena que le llevaría, huido, a Francia; hasta que el perdón real con ocasión de la publicación de *El Evangelio en triunfo* le condujera de nuevo a Andalucía, a Baeza —muy cerca de La Carolina, capital de las Nuevas Poblaciones— donde vivió sus últimos años y murió en 1803. Poco a poco, los aspectos oscuros de su biografía se van documentando, gracias sobre todo a los esfuerzos de Defourneaux (1), con rectificaciones y aportaciones posteriores como las importantes de M. Capel (2) y la suyas propias (3); paso necesario para valorar el significado de su figura y a lo que, en el campo de su actividad literaria, queremos contribuir en lo referente al estudio de su novela.

El examen de esta actividad literaria, siendo algo secundario en Olavide, no deja de resultar atractivo y con entidad en sí, pues puede decirse que, durante toda su vida, la literatura fue parte esencial de su manera de ser ilustrada; no tanto adorno de sus facultades sino instrumento de sus propósitos esclarecedores del ambiente español en las distintas etapas de su vida. Este hecho condicionará decisivamente su quehacer literario: en primer lugar, para ponerlo en marcha, pues el móvil de sus composiciones y su fomento, no es otro que el difundir, primero, las luces del siglo; y luego, cuando estas luces se han demostrado en cierto modo tinieblas, para rectificarlas y difundirlas purificadas, aunque con —quizás— significativos cambios de género. La literatura no es más que una faceta de su vida; pero en ella, como en todo lo suyo, encontramos notas de su divisa: estar al día, discurrir con la actualidad europea, comunicar sus experiencias al público más amplio posible. Los libros, que compra por millares en Francia (4), le proporcionan

(1) Cfr. Marcelin Defourneaux, *Pablo d'Olavide ou l'afrancesado (1725-1803)*, París, Presses Universitaires, 1959. Hay edición en catellano, México, 1965. Con el fin de regularizar las citas, de ahora en adelante actualizaré la ortografía de los títulos de obras de Olavide.

(2) Cfr. Manuel Capel, *La Carolina, capital de las Nuevas Poblaciones*, Jaén, Instituto de Estudios Gienneses (CSIC), 1970.

(3) Cfr. distintos artículos posteriores a la publicación de su monografía fundamental, entre otros, "Las amistades francesas de Pablo de Olavide", *El Mercurio Peruano*, núms.443-444, 1964, págs. 35-48; "La Historia religiosa de la Revolución Francesa vista por Pablo de Olavide", *Boletín de la Real Academia de la Historia*, tomo 156, 1965, págs. 113-190; "Nouvelles recherches sur Pablo de Olavide", *Caravelle*, nº 17, 1971, págs. 111-132.

(4) Cfr. Defourneaux, "Pablo de Olavide, un afrancesado en el Siglo de las luces", *Estudios Americanos*, nº 100, 1960, págs. 28 y 29.

material sobrado para su propio consumo y para el círculo de amigos que por donde pasa sabe crear, como buen convencido de la dulce eficacia civilizadora de la vida en escogida sociedad.

Olavide y el teatro

La actividad de Olavide que hace referencia al teatro es conocida y cada vez mejor comprendido el valor de su aportación en este campo a la historia de la literatura española de la época. La afición del limeño por el teatro fue impetuosa; convencido de su conveniencia en unión con los demás ilustrados, ningún obstáculo fue suficiente para hacerle desistir de su objetivo: que las obras consideradas mejores del momento fueran contempladas por los espectadores españoles y aprendiesen en ellas los nuevos estilos, y sobre todo las nuevas ideas y las nuevas costumbres. Para ello tuvo que atender a las condiciones materiales de los teatros modernos, ocuparse de la formación de los actores; luchar contra la mentalidad que lo impedía y crear las disposiciones favorables; por último, improvisar obras inexistentes en España, mediante traducciones e imitaciones hechas por él mismo y por sus amigos estimulados por él. En este sentido es especialmente importante su etapa sevillana; como importante es siempre Andalucía en la plenitud de su actividad en otros órdenes y al fin refugio postrero y ámbito de sus últimas creaciones. Aguilar Piñal ha puesto de relieve la trascendencia de las reuniones del Alcázar para la renovación del teatro en España en el último tercio del siglo XVIII y la actuación del Intendente en la ciudad y desde allí a la Corte (5). En realidad, estas costumbres sevillanas era continuación de las adoptadas por Olavide una vez casado en Madrid, como ha estudiado E. Núñez (6); y no deja de ser significativo que las primeras versiones de su vida, si conocida antes, mítica después del proceso inquisitorial y su condena, relacionarán su salida del Perú con una supuesta malversación de bienes con destino a la construcción de un teatro en la Lima arrasada por el terremoto.

En cualquier caso, la actividad más directamente relacionada con la creación literaria por parte de Olavide en lo que respecta al teatro es la traducción y adaptación —aparte de la atribución de una zarzuela, *El celoso burlado*— de más de diez obras de Racine, Voltaire, du Belloy, Lemierre, Mercier, Regnard y otros autores franceses (7). Traducciones literales en el caso de las tragedias y adaptaciones en las comedias, según Núñez, que ha desbrozado el campo de atribuciones. Esta actividad se desarrolla hacia 1760 en adelante y prosigue en Sevilla, donde, como hemos visto, alienta a sus amigos hacia la creación o la traducción y evidentemente, les guía muy de cerca, de modo que respondan, en la elección del tema, estilo, etc. a sus propios criterios (8). En este sentido, me parece de gran importancia en sí y en relación al estudio futuro de sus novelas, la determinación que hace Núñez del alcance y características de las versiones que Olavide hace en castellano de distintas obras dramáticas, unas veces literalmente y otras con cierta libertad: en *El jugador,* de Regnard, el personaje principal, "cambiado el patronímico francés, aparece con el ape-

(5) Véase sobre todo su libro *El teatro en Sevilla en el siglo XVIII,* Oviedo, Universidad, 1974.

(6) Especialmente en su monografía *El nuevo Olavide,* Lima, 1970.

(7) Cfr. *El nuevo Olavide,* ob. cit., pág. 644 y *passim.* De esta obra tiene gran interés los datos que aporta Núñez con respecto al teatro y a las ediciones de novelas halladas por él, pero en el conjunto del libro hay a veces contradicciones y afirmaciones poco satisfactorias.

(8) Defourneaux ha sugerido una colaboración directa de Olavide en *El gazmoño* o *Juan de buen alma* de Trigueros, adaptación del *Tartuffe* de Molière.

llido hispánico (y también peruano); don Manuel de Goyeneche. Asimismo el texto adapta la pieza a las costumbres, usos y ambiente y decires españoles. En consecuencia, como se advierte en el texto de otras comedias traducidas por Olavide, la versión es libre, en contraste con los traslados de tragedias en que Olavide usó invariablemente el sistema de la traducción literal" (9).

Otros géneros literarios

El teatro parece haber absorbido sus apetencias literarias hasta la época de la gran crisis interna posterior a su proceso y condena inquisitorial. Al menos en cuanto a sus frutos externos; aunque hay indicios de su afición a otros géneros y algún intento en ese sentido, pero no tienen ni de lejos comparación con el dramático. Entre estas manifestaciones, de todos es conocida la publicación de *El Evangelio en triunfo,* pensado, como indica su prólogo, en la cárcel y después redactado en Cheverny; que si bien puede compararse por su intencionalidad en principio ajena a la literatura de creación con otros escritos de Olavide que aquí no son del caso, se acerca mucho a la ficción literaria por el engarce sin duda novelesco de su enseñanza, que va desde la apologética, objetivo esencial del libro, a la educación de los niños y jóvenes, el fomento de la agricultura, proyectos de beneficencia, y mil variadas sugerencias; en continuidad, al menos su deseo de progreso cultural y preocupación social —característica permanente de su personalidad a pesar de la variación de su pensamiento en el campo de lo religioso—con los grandes proyectos de su vida en relación a distintos aspectos de la vida social y, en concreto, al que intentó plasmar en las Nuevas Poblaciones (10). Y junto a los cuatro tomos del *Evangelio,* la historia religiosa de la Revolución francesa que la censura suprimió al ir a imprimirla (11) y el *Testamento del Filósofo,* continuación del *Evangelio* que se conserva entre los papeles de Olavide sin que en su momento se diera a la imprenta (12). No hace al caso que el texto sea en parte traducción de otros franceses, pues está claro que ni para Olavide ni para sus contemporáneos este hecho tenía demasiada trascendencia (13): se trata de poner al alcance del mayor número, doctrinas útiles, ejemplos, enseñanzas, todo aquello que sea de interés para sus vidas, atractivamente presentado; siguiendo el principio que hemos visto básico en Olavide: traducir o adaptar todo aquello que él hubiera creado si hubiera sabido y si no lo hubiera encontrado ya escrito; hecho considerado por él y por los hombres de su tiempo —salvo excepciones— como algo sumamente parecido a la labor de creación original, al menos en determinados géneros como veremos después.

En sus últimos años, Olavide, que ya había probado a traducir algún salmo anteriormente, intenta también el verso y publica sus *Poemas cristianos en que se exponen con sencillez las verdades más importantes de la Religión,* con poemas como los titulados "El fin del hombre", "El alma", "La inmortalidad del alma", etc. y con exclusiva finalidad didáctica y en el estilo propio de la

(9) E. Núñez, *El nuevo Olavide,* ob. cit., pág. 76.

(10) Para matizar esa continuidad, que me parece clara, véase el artículo de G. Dufour, *Revue des Langues Neo-Latines,* 1972, vol. 202, págs. 34-44, aunque, en parte, sus conclusiones no me resultan demasiado convincentes.

(11) Estudiada y editada por Defourneaux en "La Historia religiosa de la Revolución Francesa vista por Pablo de Olavide", art. cit.

(12) También editada en la actualidad. Véase M. Capel, *La Carolina, capital...,* ob. cit.

(13) Cfr. N. Glendinning, "Influencia de la literatura inglesa en el siglo XVIII", en *La literatura española en el siglo XVIII,* Cuadernos de la Cátedra de Feijóo, nº 20, Universidad de Oviedo, 1968, págs. 47-93.

poesía de este carácter en la época (14); poesía ilustrada que Menéndez Pelayo no comprende (aunque en parte esté justificado cuando sentencia: "El desengaño le hizo creyente, pero no llegó a hacerle poeta" (15); y al año siguiente, 1800, el *Salterio español* —nuevamente traducciones—, en medio de una inundación de reediciones del *Evangelio en triunfo* y de sus *Poemas*. Es curioso comprobar, por indicación expresa de su autor en el prólogo de este último libro, cómo la intención didáctica es de tal fuerza que condiciona no sólo el lenguaje y el tono empleado, sino hasta la propia métrica elegida:

> "Tal vez dirán algunos que esta continuidad de consonantes, al mismo tiempo que hace su construcción más difícil, puede dexar su lectura menos suelta y libre; pero el mismo autor me dixo, que esta misma dificultad contribuía á hacerle dar más vueltas á las ideas, y desenrollarlas mejor.
>
> A mí me parece también, que los consonantes ayudan mucho para que se aprendan de memoria y como no se pretende dar con estos Poemas modelos de la buena poesía, sino medios de grabar sus ideas más fácilmente y con más profundidad en el corazon, me ha parecido que el autor tuvo razon en sacrificar el interés de su vanidad á la esperanza de la pública utilidad" (16).

En realidad, la enseñanza moral filosófica o religiosa era un valor de primer orden, requisito esencial en esta fase de la creación literaria ilustrada, sea en poesía como en teatro, o como en la aparentemente tan alejada novela. Sin embargo, detrás del interés por el pensamiento que transmiten creo que se debe destacar un indudable aprecio por la forma literaria en sí, y en concreto por la novela, que interesaba a personajes de la importancia de un Jovellanos, Meléndez Valdés, Trigueros o el mismo Olavide, aparte de su difusión popular. En este sentido, pienso que es difícil mantener que su importancia era escasa o que se leyese a escondidas, como afirma Montesinos contradiciendo su propia cita de Meléndez: "Como entre nosotros de todos modos escaseaban y la española no existía ya o no existía aún, pudo prescindirse de ella en absoluto [...] Pasaba entonces con casi todas las novelas lo que pasó en nuestros tiempos con la novela policíaca, que todos han leído un poco a escondidas y como avergonzándose de hacerlo. El descrédito, por supuesto, no era obstáculo a la difusión, pero el descrédito parecía general" (18). Pienso que para los ilustrados españoles, al unísono con los europeos, la novela, al menos en alguno de sus tipos, es algo más serio que un mero entretenimiento, igual que no lo eran o no lo habían sido las comedias lacrimosas; aunque dentro de los límites que corresponden a la literatura de ficción, sea ésta cual sea. Todo ello sin olvidar que la emoción en esta novela era parte tan esencial como la carga filosófica y en realidad parte de ella: "Con la *Vida* de Torres, muere definitivamente el pícaro español, después de larga existencia. Los

(14) Cfr. J. Arce, *La poesía del siglo ilustrado,* Madrid, Alhambra, 1981. Todo ello en conformidad a su concepto de poesía tal como lo expone en *El Evangelio en triunfo,* Valencia, Hermanos de Orga, 1797, III, págs. 122-3.

(15) *Historia de los heterodoxos españoles,* Madrid, BAC, 1967 (2.ª ed.), II, pág. 503.

(16) *Poemas cristianos,* Madrid, Doblado, 1799, pág. VI.

(17) Cfr. J. F. Montesinos, *Introducción a una historia de la novela en España en el siglo XIX,* Madrid, Castalia, 1972 (3.ª ed.), págs. 14-15. [carta de Meléndez Valdés a Jovellanos a propósito de Marmontel] "Yo esta clase de libros los leo con el mayor gusto, porque nada me embelesa tanto como las máximas de buena moral, y éstas, mejor esparcidas y como sembradas en una obra llena de imaginación y de primores".

(18) *Id., Ib.,* pág. 34.

dos elementos de la novela moderna serán la moral y la emoción, polarizadas por Richardson y Rousseau" (19). También el valor dado a la sensibilidad estará seguramente en el inicio de tantas acciones literarias del propio Olavide, que hace decir a su Filósofo recién convertido:

> "También tuve otra agradable satisfacción; porque quando el buen Cura nos contaba el estado de aquella triste familia, observé que mis hijos lo escuchaban con interés, y que las lágrimas se les asomaron á los ojos. [...] Hijos queridos, si el Cielo os ha hecho el don inestimable de un corazón sensible, yo lo procuraré cultivar" (20).

Es evidente que el incansable Asistente de Sevilla no se dejó amilanar por la edad y las vueltas de fortuna de las que era favorito, y mantenía vitalidad suficiente para seguir con su labor ilustradora —ahora ilustración cristiana, que quiere ser ortodoxa férreamente— y para dirigir su interés hacia otros campos del progreso como lo demuestra su proyecto —disparatado— de lenguaje universal. También, como estudiaremos detenidamente, para intentar otra empresa de carácter educativo: enseñar el bien en la dulcísima píldora, más buscada aún que la poesía, del género en creciente de la novela; del que es indudable que comprendió muy bien la trascendencia que tendría en la juventud, como pudieron comprobar, a pesar de todas las resistencias de la preceptiva literaria, los críticos —neoclásicos— de las décadas siguientes: "no tendremos dificultad en confesar —cita Montesinos de *El Censor,* 1822, seguramente Lista— que la novela es un género muy poco importante en la literatura, pero lo es en moral, y mucho más que la poesía, la historia y los demás géneros filosóficos. La novela es y será irremediablemente, por más severa que sea la educación doméstica, el único libro en que un sexo entero y gran parte del otro aprenderá en la época tempestuosa de la juventud la operación más importante para el hombre, cual es la de dirigir sus afecciones. No son tan interesantes para este objeto la epopeya, la lírica, la historia ni el drama como esos libros novelescos que tanto desprecian los literatos. Hay un hecho cierto e irremediable: la juventud lee y leerá novelas" (21). Pronto giraría el juicio crítico más aún en favor de la novela de tal modo que antes de 1830 ya era saludada en España, a propósito de las de Walter Scott, como una de las producciones más positivas del ingenio humano.

LA OBRA NARRATIVA DE OLAVIDE

No es nueva la noticia, aunque relativamente poco conocida todavía, de que el antiguo Intendente de Andalucía tiene en su haber literario algunas obras narrativas; aquí lo que trataré de determinar, una vez que se sabe que Olavide escribió novelas, qué novelas escribió Olavide. Desde luego es difícil explicar, tratándose de un personaje tan popular, el silencio casi general en torno a este hecho hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XX; y el escaso conocimiento que de ello aún tenemos en multitud de aspectos y que, en parte, específicamente en este artículo vamos a abordar aportando nuevos datos.

(19) R.F. Brown, *La novela española 1700-1850,* Madrid, Dirección General de Archivos y Bibliotecas, 1953, pág. 21.

(20) *El Evangelio en triunfo,* ed. cit., III, pág. 321.

(21) J.F. Montesinos, *Introducción...,* ob. cit., pág. 41.

El testimonio de Fernández de los Ríos. Primeras referencias a las novelas de Pablo de Olavide

La noticia más antigua, sobre la que llama la atención Defourneaux en 1965 (22), parece ser la de Fernández de los Ríos, que en un artículo en *La Ilustración Española y Americana* (1875) da por hecho que Olavide dejó escritas al morir nada menos que veintitantas novelas, que parece considerar inéditas: "Escribió además Olavide las siguientes obras, que en su mayor parte permanecen inéditas: sus impresiones sobre la revolución francesa, de cuya primera época fue testigo: Proyecto de lengua universal, *Poemas cristianos, El Salterio español,* versión parafrástica de los salmos de David, de los cánticos de Moisés y otros, y algunas oraciones de la Iglesia en verso castellano: *El Testamento de un* [sic] *filósofo,* de que sólo dejó doce libros y el índice de materias de cuatro más; 22 novelas morales con los títulos de: *El Desafío, La Paisana virtuosa, El Mendigo honrado, El Sol de Sevilla, Los peligros de la riqueza, La Huérfana, El Amor desinteresado, La Malagueña, La Satisfacción generosa, La Noble venganza, La Lugareña en la Corte, Los Peligros de Madrid, La Presunción orgullosa, El fruto de la ambición, El Matrimonio infeliz, El Secretario filósofo, El Estudiante, El Celo de la justicia, El Padre mal aconsejado, La Crianza descuidada, Las Ligerezas de una mujer virtuosa y El Deshonor reparado".* El mismo Fernández de los Ríos, líneas más abajo, señala como fuente de la semblanza biográfica que presenta de Olavide, a quien buenos motivos tenía para proporcionarle información fidedigna: "Nuestro amigo el Sr. D. José Arroquia, Marqués de San Miguel de la Vega, a quien debemos no pocos datos de los que acabamos de agrupar" (23).

De hecho, entre los papeles de Olavide depositados desde 1907 en el Archivo Municipal de La Carolina, procedentes de don Bartolomé Soriano, que habían llegado a sus manos por herencia, se conservan dos fragmentos de novelas morales M. Capel dio en 1957 la noticia de la existencia de papeles inéditos de Olavide y en 1970, entre otros textos publicó los dos fragmentos, de los cuales sólo uno tiene título: *La maldición paterna;* para M. Capel, estos textos narrativos y los demás papeles inéditos del "legado Soriano" "son obra de sus últimos años, cuando su retiro de Baeza, y muestran la sinceridad de su arrepentimiento, si es que alguna vez lo necesitó" (24). Sea como sea, de todo ello se puede deducir que a pesar de la edad y los disgustos, Olavide, de aspecto sonriente y vivaz, ya anciano en el retrato al óleo que se conserva en La Carolina procedente del mismo legado, no se retira a Baeza con la idea de una actitud pasiva ante la vida que sería novedad en él; sino que, como veremos, viaja, escribe y publica, sin duda lee, puesto que se hace traer de Francia doce barricas de sus libros (sin los que claramente no podría vivir en la retirada y bella Baeza) (25). Sin embargo, todas estas referencias a la actividad narrativa de Olavide parecen haber pasado inadvertidas a los historiadores de la literatura y desde luego para Estuardo Núñez, descubridor de varias novelas "por el autor del *Evangelio en Triunfo"* publicadas tardíamente en Nueva York (1828) (26); hallazgo que constituye un hito indudable en la investigación en torno a la obra literaria de Olavide.

(22) "La historia religiosa de la revolución francesa vista por Pablo de Olavide", art. cit., pág. 114.

(23) *La Ilustración Española y Americana,* nº XI, 1875, pág. 191.

(24) *La Carolina...,* ob. cit., pág. 249.

(25) Cfr. M. Defourneaux, *Pablo d'Olavide...,* ob. cit. pág. 445.

(26) Núñez, al dar noticia del hallazgo de tres de ellas, afirma: "ninguna historia literaria o bibliografía había

La publicación de *Obras narrativas desconocidas* de Pablo de Olavide

En 1971, Estuardo Núñez publica en Lima (Biblioteca Nacional del Perú) el texto de seis novelas atribuidas a Olavide con un prólogo antepuesto. El mismo Núñez da cuenta de su descubrimiento, aparte de alguna noticia previa, en su libro ya citado *El nuevo Olavide* (Lima, 1970) en el que analiza su contribución al teatro y a la narrativa y en el prólogo de esta edición. Son seis novelas, "Por el autor de *El Evangelio en Triunfo*, publicadas por Lanuza, Mendía y C., que Núñez supone recibidas de manos de los albaceas de Olavide: "En el lustro restante [1798-1803] hasta su muerte estuvo dedicado a escribir sus novelas, alternando con la composición de sus *Poemas cristianos* y la traducción del *Salterio*. En su testamento nombró como su legataria universal a Tomasa de Arellano, viuda del Marqués de San Miguel. Entre sus albaceas fue designado su sobrino Pablo de Molina [sic] (27) en Vitoria, quien pudo ser depositario de los manuscritos de sus inéditas novelas" (28) y más adelante: "Lanuza habría recibido en España los manuscritos de las novelas de Olavide de mano de algunos de sus albaceas y las retiene en su poder para publicarlas, como libros póstumos, en 1828, cuando puede disponer de su propia imprenta" (29). Esta suposición permite al investigador peruano, que parte de la base de que la obra de su ilustre compatriota fue sistemáticamente silenciada, elaborar la tesis, sugestiva aunque, como veremos, sólo en parte acertada, de un Olavide redivivo, que encuentra su vena creadora en los últimos años de su vida, en su retiro de Baeza, corrigiendo la posible imagen "de un arrepentido pecador que busca la consolación en la lectura o traducción de libros devotos [...] Olavide se descubre a sí mismo en esos años. Han aflorado sus potencias creadoras que antes estuvieron ocultas o encerradas, en el afán de darse en otros menesteres [...] Emerge un creador caudaloso y lúcido, que impone en el mundo hispánico el auge perdido de la novela ejemplar, que hace retornar de sus nuevas fuentes inglesas en esos años finales de su vida —en parte bajo el sol andaluz de Baeza— siete novelas, una tras otra, que lega para su póstuma publicación" (30).

Antes de pasar adelante en nuestras consideraciones con respecto a las novelas en sí mismas, quisiera precisar que no considero muy acertado pensar, como hace Núñez, que "hasta la atribución de su obra literaria más positiva sufrió mella y silencio. Sus textos se dieron a luz anónimos y su obra más importante en el teatro y la novela y su acción de innovador literario, premeditadamente o no, —por consigna o por temor— fue también ignorada, disminuída o desmedrada en su importancia" (31). Aunque, en efecto es inexplicable, en principio, el silencio de la crítica en torno a su obra narrativa en los años de su producción, no parece que fuese ocultado por sus familiares, por ejemplo, ni por nadie "por consigna o temor", y, desde luego, no en lo

---

acusado antes de ahora referencia alguna a estas novelas, salvo Juan María Gutiérrez en una brevísima nota que menciona sólo el título de la segunda [*El estudiante*]" ("Consideraciones en torno de la obra literaria de don Pablo de Olavide"), *Actas del Tercer Congreso Internacional de Hispanistas*, México, 1970, pág. 646. Al parecer, Núñez, que ha partido en su investigación de esta referencia no ha conseguido localizar ningún ejemplar precisamente de *El estudiante o el fruto de la honradez*.

(27) Debe referirse a Don Pablo de Urbina y Olavide.

(28) *El nuevo Olavide*, ob. cit., pág. 24.

(29) *Id.*, *ib.*, pág. 100.

(30) *Id.*, *ib.*, pág. 97.

(31) *Id.*, *ib.*, págs. 21-22.

relativo a su actividad dramática, absolutamente conocida y pública en su tiempo y después, aunque quizá no debidamente "reconocida" hasta nuestros días —pero esto ya es otra cuestión—, el anonimato en estos casos creo que hay que remitirlo a las costumbres de la época: ni decir tiene que no sería Olavide el único caso ni en teatro —recuérdese la conocida *Advertencia* inicial de *El delincuente honrado* de Jovellanos— ni en novela: que se dio en España, a pesar de que Núñez afirme, con evidente error: "Olavide se inscribe también como autor representativo de la novela sentimental y ética europea de fines del XVIII y comienzos del XIX. Es único dentro de esa línea de creación en la propia España y también en América" (32).

La identificación que hace Núñez de las seis novelas, no obstante, es de la mayor importancia. Todas ellas, como ya hemos indicado son de Lanuza, Mendía y C., Nueva York, 1828, "Por el autor del *Evangelio en Triunfo*" y sus títulos son los siguientes:

—*El incógnito o el fruto de la ambición*
—*Paulina o el amor desinteresado*
—*Marcelo o los peligros de la Corte*
—*Sabina o los grandes sin disfraz*
—*Lucía o la aldeana virtuosa*
—*Laura o el sol de Sevilla*

Cada una va precedida de un breve prólogo que Núñez atribuye al editor. A éstas habría que añadir una más, cuya referencia posee aunque hasta el momento no haya podido encontrar ejemplar:

—*El estudiante o el fruto de la honradez*

Por último, en relación a las referencias que hasta el momento, que yo sepa, se han hecho a las novelas de Olavide publicadas por Lanuza, hay que añadir otro dato. Como ya hice notar en el *I Congreso Histórico sobre las Nuevas Poblaciones de Sierra Morena y Andalucía* (La Carolina, Marzo de 1983) (33), del mismo modo —para mí— inexplicable con que Núñez trabaja sin haber reparado en las noticias de Fernández de los Ríos ni de M. Capel (y Defourneaux), otro estudioso de la literatura española del siglo XIX, J.I. Ferreras publica una monografía *(Los orígenes de la novela decimonónica. 1800-1830,* (Madrid, 1973) y su *Catálogo de novelas y novelistas españoles del siglo XIX* (Madrid, 1979) sin recoger los descubrimientos de Núñez, ni los anteriores siquiera, pero añadiendo un dato de interés sobre la obra narrativa de Olavide, al que considera "Autor de dos novelas en 3 vols.": la existencia del "único ejemplar de esta novela" en la Biblioteca de don Luis Tusquets de Cabirol (Barcelona):

> "*Los gemelos o el amor fraternal. Por el autor del Evangelio en triunfo.* Nueva York, 1828, 3 vols., 169, 144 y 96-80 (el tercer tomo contiene *Sabina),* 12º, *Casa de Lanuza, Mendía y C.*" (34).

Unas novelas de principios de siglo: *Lecturas útiles y entretenidas*

Al referirse a *Los gemelos o el amor fraternal* como novela de Olavide, Ferreras no ha reparado en la coincidencia de este título —sin entrar en el

(32) *Id., ib.,* pág. 84.

(33) Cfr. mi comunicación "Las novelas de Pablo de Olavide", en las *Actas* del Congreso, actualmente en prensa.

(34) J.I. Ferreras, *Catálogo de novelas y novelistas españoles del siglo XIX,* Madrid, Cátedra, 1979, pág. 289.

contenido— con otro estudiado por él, en su anterior libro antes citado y en el mismo *Catálogo;* ni tampoco en la trascendencia que este hecho pudiera tener. Y es que si cuadramos todas las referencias bibliográficas que hemos ido enumerando —de momento manejando sólo los datos externos— comprobamos que coinciden prácticamente los títulos que conocemos como atribuidos a Olavide con algunos de los de la colección de novelas *Lecturas útiles y entretenidas* publicadas en Madrid a nombre de Atanasio Céspedes y Monroy; en la Imprenta de Josef Doblado los seis primeros tomos y los cinco restantes en la Oficina de Dávila, Impresor de Cámara de S.M. Veintiuna *Lecturas* con los títulos y las fechas distribuidos de la manera siguiente:

1800:	Tomo I: (372 pp.)	[*Prólogo del editor*] *El desafío* (*Lectura* I) *La paisana virtuosa* (II) *La dulce venganza* (III)
	Tomo II: (307 pp.)	*La mendiga honrada ó la conversión del amor* (IV) *El sol de Sevilla* (V) *Los dos amigos ó los peligros de la riqueza* (VI)
	Tomo III: (303 pp.)	*La huérfana* (VII-VIII, dos partes) *El amor desinteresado* (IX)
	Tomo IV: (240 pp.)	*La hermosa malagueña* (X-XI, dos partes) *La satisfacción generosa* (XII)
	Tomo V: (302 pp.)	*Los peligros de Madrid* (XIII) *El fruto de la ambición* (XIV-XV, dos partes)
	Tomo VI: (276 pp.)	*La presumida orgullosa* (XVI) *El matrimonio infeliz* (XVII-XVIII, dos partes)
	Tomo VII: (256 pp.)	*El secretario filósofo* (XIX) *El estudiante* (XX-XXI, dos partes)
1816:	Tomo VIII: (248 pp.)	*Los gemelos* (XXII-XXIII, dos partes)
	Tomo IX: (256 pp.)	*La madre prudente* (XXIV) *La feliz desgracia* (XXV)
1817:	Tomo X: (332 pp.)	*El inconstante corregido* (XXVI-XXVIII, tres partes)
	Tomo XI: (272 pp.)	*La familia feliz* (XXIX-XXXI, tres partes)

Por último, ya Brown había notificado la existencia de ediciones sueltas de algunas novelas (*El desafío, La paisana virtuosa, La presumida orgullosa)* con la nota común, creo que muy interesante, de estar impresas en Philadelphia, Imprenta de M. Carey (Brown las fecha en 1811) (35).

No hace falta decir que la coincidencia de títulos en la gran mayoría, con alguna variante, no es pura casualidad, sino que lo decisivo es que los textos de Céspedes y los de Olavide (los que se han conservado en la edición de Lanuza, Mendía y C., Nueva York, 1828) son los mismos, exactamente iguales, salvo en los prólogos, inexistentes en Céspedes, que por el contrario presenta uno de conjunto.

Para mayor claridad presentamos el cuadro completo de la totalidad de los títulos con las distintas variantes confrontados en lo posible en su contenido:

(35) *La novela...*, ob. cit. págs. 70-71. Ambos casos se dan en Palau y Dulcet *(Manual del librero hispanoamericano,* Barcelona, 1948-77, *s. v.*) En el ejemplar que manejo (colección completa de la Biblioteca Nacional de Madrid, signatura 2/74291-301) hay errores de paginación y se observan diferencias de poco relieve en la tipografía. El número de páginas por relato es el siguiente: [Prólogo, 12] 84, 76, 200; 124, 88, 95; 182, 121; 138, 102; 128, 174; 130, 146; 248; 122, 134; 332; 272. Es decir, de un total de 3152 páginas, la novela más breve ocupa 76 y la más larga, 332 (con una extensión media de 150 aproximadamente). R.F. Brown, en *La novela...* ob., cit., pág. 64, da la referencia de estas obras con pequeñas variantes. No hace referencia a subtítulos en el caso de *La mendiga honrada* y *los dos amigos.* J. I. Ferreras, en *Los orígenes de la novela decimonónica 1800-1830,* Madrid, Taurus, 1973, pág, 180, da la relación de títulos, sin subtítulos y haciendo sólo referencia a la fecha de 1800 y al editor Doblado. En el *Catálogo...* (ob. cit., *s. v.),* añade datos como el número de páginas por tomo y reimpresiones, iguales a los de Brown. Por último, preparado este artículo, ha aparecido el tomo II de la *Bibliografía de Autores Españoles del siglo XVIII* de Francisco Aguilar Piñal (Madrid, CSIC, 1983) con la entrada siguiente: "CESPEDES Y MONROY, Anastasio [sic] V. Pablo de Olavide y Jáuregui" (*s. v.)* Ignoro, al tratarse de una obra en curso de publicación de la que todavía no ha salido el tomo correspondiente, en qué sentido estará concebida la referencia a Olavide, pero que ni decir tiene que su autoridad ha confirmado mis sospechas, pues me parece entender que mi hipótesis será similar a la que dé este excelente conocedor del siglo XVIII en su momento.

Atribuidas a Olavide por Fernández de los Ríos	Olavide, Nueva York, 1828	Fragmentos	Atanasio Céspedes y Monroy
[.....]	.....	[*sin título*]	.....
.....	.....	*La maldición paterna*	.....
El desafío	.....		*El desafío*
La paisana virtuosa	*Lucía o la aldeana virtuosa*	.....	*La paisana virtuosa*
El mendigo honrado	.....	.....	*La mendiga honrada o la conversión del amor*
El sol de Sevilla	*Laura o el sol de Sevilla*	.....	*El sol de Sevilla*
Los peligros de la riqueza	.....	.....	*Los dos amigos o los peligros de la riqueza*
La huérfana	.....	.....	*La huérfana*
El amor desinteresado	*Paulina o el amor desinteresado*	.....	*El amor desinteresado*
La malagueña	.....	.....	*La hermosa malagueña*
La satisfacción generosa	.....	.....	*La satisfacción generosa*
La noble venganza	.....	.....	*La dulce venganza*
La lugareña en la Corte	.....	.....	.....
Los peligros de Madrid	*Marcelo o los peligros de la Corte*	.....	*Los peligros de Madrid*
La presunción orgullosa	.....	.....	*La presumida orgullosa*
El fruto de la ambición	*El incógnito o el fruto de la ambición*	.....	*El fruto de la ambición*
El matrimonio infeliz	*Sabina o los grandes sin disfraz*	.....	*El matrimonio infeliz*
El secretario filósofo	.....	.....	*El secretario filósofo*
El estudiante	*El estudiante o el fruto de la honradez*	.....	*El estudiante*
El celo de la justicia	.....	.....	.....
El padre mal aconsejado	.....	.....	.....
La crianza descuidada	.....	.....	.....
Las ligerezas de una	.....	.....	.....
mujer virtuosa	.....	.....	.....
El deshonor reparado	.....	.....	.....
.....	*Los gemelos o el amor fraternal*	.....	*Los gemelos*
.....	.....	.....	*La madre prudente*
.....	.....	.....	*La feliz desgracia*
.....	.....	.....	*El inconstante corregido*
.....	.....	.....	*La familia feliz*

Pablo de Olavide y Jáuregui-Atanasio Céspedes y Monroy

A partir de este punto considero que la perspectiva con que contemplamos en su momento las novelas publicadas por E. Núñez debe cambiar: podemos ahora, sin excesivos riesgos, considerar las obras de Céspedes y Monroy, autor del que hasta el momento no se ofrece otra noticia que la atribución de las *Lecturas...*, al menos las que coinciden con los títulos ofrecidos por Fernández de los Ríos, como de Olavide. Con seguridad podemos atribuirle diecisiete novelas, dos fragmentos que no sabemos si corresponden, al menos el que no tiene título, a alguno de los mencionados por Fernández de los Ríos (*El padre mal aconsejado* y *La crianza descuidada,* que por los títulos podrían tener relación) y otra novela más: *Los gemelos,* que aparece atribuida al "autor del *Evangelio en triunfo*", aunque no tiene correspondencia con Fernández de los Ríos. En cuanto a las restantes relacionadas por éste, es improbable un error cuando con tanta exactitud —apenas hay variantes que no impiden la identificación, salvo en *Sabina,* que siendo el mismo texto que *El matrimonio infeliz* ha cambiado totalmente de título; y prácticamente en el mismo orden en que aparecen publicadas en las *Lecturas*— recoge lo que sin duda fue información directa y segura de Arroquia, el descendiente de Olavide. Puede considerarse que se han perdido o bien entender que puedan ser las mismas de los últimos tres tomos de Céspedes, a las que se les ha cambiado el título por completo. Lo cierto es que las cuatro novelas finales de las *Lecturas útiles y entretenidas,* publicadas por distinto editor y con una diferencia sustancial de años (1816 y 1817, frente a todas las demás de 1800, excepto *Los gemelos),* cuando Olavide lleva trece muerto y han tenido lugar en España los gravísimos acontecimientos en torno a la Guerra de la Independencia y ella misma, podría llevar a suponerlas de diferente origen, pese a sus similitudes de conjunto, en especial ideológicas, pero el número total de las novelas indicado por Fernández de los Ríos y el actual estado de la investigación en que me encuentro no permite ninguna afirmación tajante de ese estilo. En cuanto a las publicadas en Nueva York, es muy posible que hubieran sido en mayor número y estén actualmente perdidas. Núñez piensa que es señal de éxito el que Lanuza publicase siete en un año, pero teniendo en cuenta el repertorio que le ofrecían las *Lecturas* más bien hay que achacar el que sólo publicase siete —aparte de las pérdidas antes aludidas— a falta de acogida del público o bien a problemas que desconocemos, ya que después de 1828 al parecer Lanuza ya no publica nada (36); quizás simplemente porque solo hubieran llegado a sus manos ediciones sueltas de las novelas. Lo que es indudable es que, por el camino que fuera, sabía quién era el autor de las novelas y no dudó en atribuírselas —Olavide hacía tiempo que era un mito y más en América—siguiendo la perífrasis consagrada de las últimas obras del limeño: "Por el autor del *Evangelio en triunfo*".

Para las ediciones españolas, es decir, al menos para los siete primeros tomos (todos de 1800) hay que tener en cuenta un dato de importancia; se publican en la misma imprenta y en las mismas fechas en que están saliendo otras obras nuevas de Olavide (*Poemas cristianos,* de los que consta significativamente en la portada "Publicados POR UN AMIGO DEL AUTOR", en 1799, reeditados en 1800; *Salterio español,* de 1800) y continuas reediciones de *El Evangelio en triunfo:* al menos, según Palau, 2.ª ed. 1798; 4.ª, 1799; 5.ª,

(36) *El nuevo Olavide,* ob. cit., págs. 98-100.

1799; 6.ª, 1800; 7.ª, 1802; 8.ª, 1803-1808; y también 1809 (37). Incluso es más que probable que Olavide hubiera hablado personalmente con su editor, Doblado, mientras se están publicando sus obras, pues tenemos constancia, conservada casualmente, de que Olavide hizo al menos un viaje a Madrid por esas fechas. En concreto se encontraba en la Corte en marzo de 1801, adonde se había desplazado desde Baeza para saludar a Nicolás de Azara, que algunos años atrás había facilitado su regreso a España y que volvía a París en misión diplomática, dato que me parece de la mayor importancia sobre todo por lo significativo que resulta para la semblanza de Olavide en sus últimos años (38).

En cuanto al deseo en sí de Olavide de conservar el anonimato no hay ninguna dificultad para encontrarlo comprensible, incluso natural para la consideración de obras de este género en la época en que se publican; por razones de preceptiva literaria pero sobre todo por cuestiones del contenido de las mismas —piénsese en la actitud de Jovellanos y sus amigos en años bastante más fáciles para introducir estas novedades que en los que el antiguo Asistente da al público sus novelas— (39) y del mismo género en sí. Todavía lustros más tarde, en 1838, en fechas marcadas por el signo de la libertad plena, y moralmente aceptada la novela, seguía vigente la resistencia a ser conocido como autor de alguna de ellas: "Los noveladores, por otra parte, se encierran herméticamente, bajo un impenetrable anónimo; porque le han dicho al editor, y éste lo dice al público, *Que consideraciones para ellos de algún peso, les vedan poner sus nombres en la portada de la obra.* Cuales sean estas consideraciones, se adivinarian, si se pudiesen enumerar aquí todas las que mueven en jeneral [sic] a un autor a semejante proceder [...] Pueden ser noveles escritores, rehacios a cargar con un caracter que no acostumbran" (40). En 1800, los recelos, las denegaciones de licencias para imprimirlas (41), la consideración de su peligrosidad para la juventud — aparte de su escasa consideración literaria, desventaja añadida de la que carecía el teatro—, disuadían de la empresa a muchos y más a poner su nombre al frente; en el caso de Olavide, las razones son obvias. No habría siquiera que remontarse a los sinsabores que le habían acarreado las novedades —entre ellas, las referentes al teatro en concreto— que quiso imponer en Sevilla.

Y en las Nuevas Poblaciones; basta pensar hasta qué punto sus publicaciones actuales, de carácter predominantemente religioso, se resentirían de cualquier sospecha, ya no de heterodoxia sino de ligereza irreparable en la

(37) Cfr. Palau y Dulcet, *Manual...*, ob. cit., *s.v.*

(38) Lo recoge Defourneaux y procede de una carta privada de Azara a su amigo Jean-Baptiste Casti *(Pablo d'Olavide...*, ob. cit., pág. 448).

(39) Jovellanos, *El delincuente honrado* (Madrid, BAE, 1963, I pág. 81) en carta al abate de Valchrétien que quiere traducir sus obras: "Ni crea usted que el *Delincuente* es la única cosa que ha producido la imitación de los buenos modelos. Yo conozco, y pudiera citar algunos dramas del mismo género escritos modernamente, que tienen un mérito muy sobresaliente; pero sus autores los guardan con más cuidado del que tuve yo con el mío, y se libran de muchas desazones, que a mí me ha costado su publicación". Y, entre las súplicas que hace al abate, la segunda es "que haga siempre un misterio de mi nombre, sin fijarle en ninguna copia de su traducción, y mucho menos si la diere á la prensa".

(40) *Colección de novelas originales españolas,* Madrid, 1838, Imp. de D. León Amarita contiene [*Cristianos y Moriscos. Novela lastimosa.* Su autor, El Solitario; sello de Pascual de Gayangos y anotación en lápiz "no se publicó más", en el ejemplar de la Biblioteca Nacional de Madrid]. *Nota del Editor,* pág. XI.

(41) Montesinos habla en concreto de una providencia del consejo de 27 de mayo de 1799 que vedaba el imprimir novelas *(Introducción...*, ob. cit., pág. 38).

imagen del "filósofo desengañado", ocupado en menesteres ajenos a la difusión directa de los efectos de su conversión.

Sin embargo, la decisión de publicar estas novelas es coherente con los nuevos —y parte de los antiguos presupuestos de Olavide. En *El Evangelio en triunfo,* una de las ideas que su autor quiere dejar más remachadas —de la mano en éste como en tantos otros aspectos, de sus fuentes, aquí *Les délices de la Religion* de Lamourette— es que el desengaño del filósofo, hombre de mundo, no debe apartarle de sus deberes sociales, del trato con la gente y las costumbres seculares; como demuestra en las continuas advertencias del Director y en la misma narración de su vida posterior, destinada a dar un modelo de actuación cristiano-ilustrada en el siglo: comenzando por construir una sociedad más justa, culta y en definitiva feliz, con lo que el término ha llegado a significar en el XVIII (42). Y dentro de este proyecto de conducta encaja fácilmente dar a luz una colección de narraciones cortas, amenas, que sin querer se lean y al leerse queden prendidas en los corazones jóvenes módulos de vidas que les instruyan, sobre todo en el difícil arte de gobernar las pasiones y sentimientos del corazón humano.

EL CONTORNO LITERARIO DE LAS NOVELAS DE OLAVIDE

Las novelas de Olavide en relación al carácter del género en la España del cambio de siglo

Las novelas de Olavide no están solas en el panorama literario español al filo del ochocientos; al contrario, puede decirse que forman parte de lo que Brown considera renacimiento de la novela corta en España en los años que van de 1785 a 1805: "De este período son dos de las obras de más éxito de toda la novela de 1700 a 1850: el tendencioso relato antiinquisitorial de *Cornelia Bororquia* y la colección de anécdotas que publica el secretario del rey Don Carlos IV, Ignacio García Malo, con el título *Voz de la Naturaleza,* ejemplo esta última del renacimiento de la novela corta, que se da en las colecciones de Céspedes y Monroy, Cándido María Trigueros y Rodríguez de Arellano" (43). De alguna manera, ocurre con las novelitas de este estilo lo que con la comedia (44) de la época: géneros que se consideran, en los círculos ilustrados, especialmente aptos para formar a sus destinatarios en la nueva mentalidad, dentro de un contexto general de la consideración de la obra literaria al servicio de la educación y reforma de costumbres. En este sentido, este tipo de relatos tuvo importancia, junto a las correspondientes traducciones, más abundantes, como instrumento de penetración en un público amplio del pensamiento ilustrado en los más variados campos del quehacer humano; a la vez que sienta las bases de una afición que dará su fruto, en editores, autores y lectores, en el romanticismo pleno (45).

No sabemos con exactitud cuándo fraguó Olavide su proyecto narrativo, aunque cabe pensar que no tienen por qué pertenecer en su totalidad a Baeza,

(42) Cfr. R. Lapesa, "Ideas y palabras: del vocabulario de la ilustración al de los primeros liberales", *Asclepio,* XVIII-XIX, nº 1, pág. 204.

(43) Brown, *La novela...,* ob. cit., pág. 24.

(44) Preferible en este sentido a la tragedia: cfr. Aguilar Piñal, *Sevilla...,* ob. cit., págs. 88-89.

(45) Cfr. Brown, *La novela..,* ob. cit., pág. 25 y la reseña que le hace Montesinos *(Nueva Revista de Filología Hispánica,* X, 1956, pág. 226).

por la materialidad del tiempo (46); desde luego, la actitud moralizante en sentido amplio no sería nueva en el antiguo Asistente de Sevilla, como es sabido; los avatares de su biografía y, en los años inmediatos, los sucesos de Francia, no hicieron más que imprimirles un determinado giro y, éstos últimos, exacerbarlos, aunque habrá que matizar al ir analizando las distintas novelas.

Por supuesto no es Olavide el primero en España en publicar novelas con este propósito: García Malo había escrito al frente de su propia colección, que por otra parte dio a luz bajo nombre ajeno:

> *Voz de la naturaleza. Memorias o anécdotas curiosas é instructivas: Obra inteligible, divertida y útil á toda clase de personas para instruirse en los nobles sentimientos del honor, despreciar varias preocupaciones injuriosas á la humanidad, amar la virtud, y aborrecer el vicio á la vista de los exemplos que contiene* (47).

Y en la *Advertencia al lector,* en el primer tomo, expone las ideas básicas del género, que encontraremos casi al pie de la letra en el prólogo de las *Lecturas útiles y entretenidas,* al que si no sirvieron de inspiración directa sí seguramente fueron motivo de ánimo para imprimir la colección:

> "Los jóvenes naturalmente propensos a leer cosas divertidas y amorosas, devoran con más placer una comedia, que un libro místico; y las verdades con atractivo, al mismo tiempo que lo excitan a la lectura, les inflaman el corazón [...] No he sido yo el inventor de este modo de escribir: otros me han precedido con fruto; y yo deseo igualmente sacarlo en beneficio de la humanidad, de la Religión y del honor. Para hacer resplandecer más claramente la virtud, doy mucha fuerza a las pasiones, y así parece más glorioso el triunfo de ella. Una máxima moral, seca se olvida fácilmente; pero una acción virtuosa es casi indeleble, y menos molesta" (48).

Y en la *Advertencia* del tomo III, cuando el éxito alcanzado le deciden a proseguir y a darse a conocer como su autor, insiste en el carácter moralizador de sus escritos:

> "Tampoco puedo dexar de advertir, que en el discurso de esta Obrita me internaré en materias diferentes de las anteriores, proponiendome siempre hacer ver el horror del vicio y el triunfo de la virtud, con expresiones que exciten la sensibilidad del corazón humano; pues aunque la pasión del amor, creen algunos es la mejor para excitarla, hay otros sentimientos no menos interesantes a la humanidad, y capaces de arrancar las lágrimas aun de los corazones más estériles. *Vale*" (49).

Estas ideas, expresadas por el Secretario del rey que hizo posible el retorno de Olavide, son absolutamente conformes con las mantenidas por el antiguo Intendente de Andalucía en sus últimos escritos *(El Evangelio en triunfo,* prólogo de los *Poemas cristianos...*) como veremos, y prácticamente iguales,

(46) E. Núñez supone que debió empezar a escribirlas en Cheverny, donde redacta *El Evangelio en triunfo,* pero no da ningún dato en que pudiera haber basado esta suposición. *(El nuevo Olavide,* ob. cit., pág. 23).

(47) "La saca a luz Don Mariano de Anaya". Barcelona, Imprenta de Antonio Sastres, 1799. [1.ª ed., Madrid, 1787-92].

(48) *Id., ib.,* págs. A2v. y A3.

(49) *Id., ib.,* tomo III, págs. A3-A3v.

como antes señalamos, a las que se contienen en el prólogo, a su vez anovelado, de las *Lecturas útiles y entretenidas,* que, por su interés, cito con extensión desusada:

> "Quando yo era jóven, conocí en Madrid un sujeto ilustrado y virtuoso que se quejaba continuamente de nuestras malas Novelas y peores Comedias [...] que siendo ésta la casi única lectura de la juventud incauta y ociosa, estragaba al mismo tiempo el gusto del talento, y la honestidad del corazón [...]
>
> Añadía, que para remediar este inevitable daño, el mejor remedio sería, que hombres hábiles y de buenos principios de moral, se dedicasen a escribir esta especie de libros, de modo que pudiesen ofrecer lecturas que siendo agradables y divertidas, para hacerlas leer, tuviesen también el mérito de no presentar mas que buenos exemplos [...].
>
> .....
>
> Podían formar la colección de diversos acaecimientos, escritos con bastante claridad, y tan agradables y divertidos, que se hacían leer con gusto por el interés que producían.
>
> Pero observé tambien, y con mayor placer, que en ellos, con el anzuelo de la diversion, se introducen los principios mas sanos de la virtud y las máximas del mas puro moral [sic] [...] sino tambien ser útiles á toda clase de personas, especialmente á la juventud ingeniosa y viva, que gusta de leer, y hallaria en ellas una insensible y excelente educacion" (50).

Sintiéndose nada menos que un nuevo Cervantes, en el sentido en que la crítica dieciochesca considera al autor del Quijote como el autor que dio muerte a las malas novelas, aunque no tanto por desprecio al género en sí, como parece pensar Montesinos (51), como por un equivocado aprecio de lo que fuera el objetivo de Cervantes y la razón del valor de su obra:

> "Quántas veces le oí decir: Ahora era menester que se levantasen entre nosotros muchos Cervantes; pues así como el ilustre autor de Don Quijote, con su excelente libro, disgustó tanto al público de la muy freqüente y perniciosa lectura de los libros de caballeria, así era menester que nuestros mas ilustres escritores se destinasen á formar lecturas útiles, y que sean al mismo tiempo divertidas" (52).

Las novelas de Olavide en relación a las obras del propio autor más cercanas en el tiempo

Los puntos tratados extensamente en *El Evangelio en triunfo* como el valor de la sensibilidad —con ribetes de peligrosidad doctrinal incluso—, la insistencia en que se conozcan los argumentos racionales que constituyen los motivos de credibilidad de la religión, la educación no tiránica —ilustrada— de los hijos, y tantos por el estilo, aparecen en casi todas las narraciones de la colección, de la que los seis relatos conservados en América y editados por

(50) *Lecturas útiles y entretenidas,* ed. cit., tomo I, págs. 3-9.

(51) Cfr. *Introducción...,* ob. cit., pág. 35.

(52) *Lecturas...,* ed. cit., I, pág. 4.

Núñez son buen muestrario (53), también por su diversidad, cuya importancia veremos después. El tono de los relatos encaja también con los propósitos de un Olavide, ciertamente convertido —desengañado— pero en absoluto reaccionario (54).

Pero quisiera referirme aquí a un aspecto curioso de las relaciones de las *Lecturas útiles y entretenidas* y las últimas obras de Olavide, y es la elección del género mismo. En Olavide están grabadas, como reiterativamente escribe sobre todo en *El Evangelio en triunfo,* algunas ideas que favorecen su inclinación hacia la narrativa, además del evidente gusto por la misma, como medio idóneo para lograr sus propósitos. Entre ellas, su preocupación por la educación de los jóvenes —"Esta juventud seducida, porque no está ilustrada mas que á medias, no tiene con qué intruirse mejor, y desengañarse de los sophismas que la pervierten"— (55) la difusión de una seria ilustración cristiana, la legítima necesidad de diversiones y, más que nada, el fundado convencimiento —claramente experimentado— de que los libros muy convenientes que existen, son largos, plomizos y nadie, sobre todo sus más necesitados destinatarios, los lee:

> "Estos libros, le dige yo, no llegaban a nuestra noticia. Escritos por hombres retirados que no eran conocidos en el mundo, apenas salían del círculo estrecho de los devotos; y si por acaso llegaba a nosotros la noticia, se nos decía que era un libro pesado, lleno de discusiones y citas: que no estaba escrito con espíritu, gentileza ó gracias; en una palabra que era muy docto, pero que no era divertido. Con esto no nos tomábamos el trabajo de leerlo, y no me acuerdo de haber leído ninguno" (56).

Esta idea se repite continuamente en *El Evangelio en triunfo.* Los ateístas y libertinos, que aplauden a autores como Voltaire y Rousseau, no leen las réplicas que se les hacen, y con acierto ha notado Defourneaux que Olavide piensa que la fuerza de Voltaire radica en la amenidad y el ingenio de sus escritos, contra los que no se puede luchar con pesadas obras apologéticas (57). Es indudable que las figuras de estos filósofos impresionaron vivamente al ilustrado español; y si, como es sabido, su atractivo de alguna manera actuó de modo permanente, después de su desengaño todo su afán será demostrar que este encanto se funda exclusivamente en su frivolidad, en la de los autores y en la de los lectores:

> "Así no se les ve atacar de frente el plan y la contextura entera del Christianismo; fuera de que la empresa no es tan fácil [...] saben que el mayor número de los que leen son superficiales, y que no leen mas que para divertirse: ¿Qué hacen pues? buscar todo lo que puede facilitar la

(53) Como el mismo investigador peruano hace notar (Pablo de Olavide, *Obras narrativas desconocidas,* Lima, Biblioteca Nacional del Perú, 1971, pág. 24).

(54) No entramos en las distintas interpretaciones que se han dado a la "conversión" de Olavide. En resumen creo que puede decirse lo que afirma Aguilar Piñal, refiriéndose a *El Evangelio en triunfo:* "Pero su significado apologético de la religión cristiana fue continuado fielmente, sin desviaciones, en su obra posterior, ahora de carácter poético [...] La huella de su condena inquisitorial y sobre todo del horrible espectáculo de la Revolución francesa, del que había sido testigo presencial, hacen que su zarandeado espíritu, ya en la senectud, se aproxime a una predominante preocupación por el mensaje cristiano". "Olavide, escritor", *Insula,* febrero de 1973, núms. 314-315, pág. 27).

(55) *El Evangelio en triunfo,* ed. cit., tomo III, pág. 364.

(56) *Id., ib.,* tomo I, págs. 48-49.

(57) Cfr. *Pablo d'Olavide...,* ob. cit., págs. 458-59.

irrision y la sátyra [...] Es verdad que este libro está lleno de falsedades y de mentiras. ¿Pero qué importa? Está lleno de chistes, de ironías y de gracias. El Lector se divierte, y no pide más. Tampoco el Autor busca otra cosa. Hace reir, vende su libro, adquiere fama de hombre superior, y está contento. Los defensores de la religión escriben contra él, y reducen su libro á polvo [...] Pero esto tampoco no les importa: ellos desprecian á sus antagonistas. No lo leen; ó si los leen es con desprecio, porque saben que los leerán pocos" (58).

Tema que se repite a lo largo del libro:

"Los hombres por la mayor parte no leen sino para pasar el tiempo y divertirse. Así leen con preferencia los libros frívolos que los entretienen, sobre todo los malignos y satyricos que llevan consigo la sal del chiste y la pimienta de la calumnia" (59) [etc]

No es extraño, pues, que Olavide, ante la necesidad de difundir su pensamiento de forma sugestiva, acuda a dar una formulación novelesca a su gran libro apologético, igual que poco después redacta en verso los objetos de su meditación por el solo motivo de que "esta lectura, que puede ser tan útil a todas las edades y condiciones, lo seria mas para la juventud, que naturalmente es idólatra de la poesía" (60). Siguiendo a su inspirador, Lamourette (61), organiza *El Evangelio en triunfo* como una novela epistolar, muy frecuente en el siglo XVIII (pero que, curiosamente, no volvió a emplear) explicando sus razones en el prólogo de la obra:

"Parecióme también que este méthodo histórico tenia la ventaja de exponer la instruccion sin el tono frio y dogmático que desagrada tanto al que no la busca. Es difícil que un ánimo pervertido se entregue á la lectura de un tratado didáctico, que no esconde su pretensión de enseñar y convertir. Pero una historia que no pretende mas que contar, sostenida con los hechos, y animada por los Diálogos, puede tal vez despertar la curiosidad, interesar á los Lectores y aficionarlos á su doctrina" (62).

Claro está que este criterio no ha sido compartido por todos, y no es extraño que Menéndez y Pelayo, que se fija en la valoración doctrinal, objeto primordial del libro, rechace la fórmula elegida y el abuso de sentimentalismo en que cae: "De este pecado, no infrecuente en los apologistas franceses, adolece mucho el libro de Olavide, donde la preparación y demostración evangélicas están ahogadas en una especie de novela lacrimatoria, que tiene cierto interés autobiográfico, pero que daña al valor absoluto y a la seriedad del libro" (63).

En *El Testamento de un Filósofo*, el marco es también novelesco, aunque esta vez elige el autor la tercera persona; como continuación de una faceta de la actividad del "filósofo desengañado", se nos brinda un tratado, al que se le da nombre de *Testamento* porque se lo deja como legado a sus hijos para que lleguen a adquirir un conocimiento sólido de su religión. En la introducción,

(58) *El Evangelio en triunfo*, ed. cit., tomo II, págs. 55-6.

(59) *Id., ib.*, tomo III, pág. 302.

(60) *Prólogo a Poemas cristianos*, ed. cit., pág. V.

(61) Cfr. Defourneaux, *Pablo d'Olavide*, ob. cit., pág. 454.

(62) *El Evangelio en triunfo*, ed. cit., tomo I, págs. IX-X.

(63) *Historia de los heterodoxos...*, ob. cit., tomo II, pág. 616. Menéndez y Pelayo da más valor autobiográfico al marco narrativo del que tiene en realidad.

se describe cómo antes de morir lo entrega a su pariente y amigo Don Mariano, que le auxilia en la educación de sus hijos, y éste, una vez muerto el padre, se lo lee con la escenografía más impresionante que puede imaginar para que su contenido se les quede bien grabado. Por último, tenemos noticia de que el último proyecto, concebido todavía en Francia, del antiguo Intendente a favor del progreso, su método de lenguaje universal, está expuesto en forma de diálogos, que no sabemos si acaso adoptarían un aire novelesco; de cualquier manera caerían dentro del campo cercano a la literatura de ficción.

Por último, si aceptamos que Céspedes es Olavide y que el "Prólogo del editor" de *Lecturas útiles y entretenidas* es parte de su labor creadora, los principios expuestos en él conciertan perfectamente con las preocupaciones antes aludidas; así como el mismo anovelamiento del prólogo, con la historia de "un amigo" que buscaba los libros del obispo de Belei (64) [sic], que a su muerte deja papeles con novelas y todo lo demás, resulta similar a los otros prólogos de Olavide antes aludidos (65). No sólo en la idea fija de apartar a la juventud de las malas lecturas dándoles otras amenas y beneficiosas donde aprendan (66), sino también en esa misma cración de situaciones marco para sus obras, que quizá tuvieran que ver con la realidad, pero que vienen expuestas como una narración ficticia, una historia más —en el caso de las *Lecturas,* la primera de la serie, a la que abre cauce—. Así nos encontramos con una fabulación total en el caso de *El Testamento de un filósofo* y con rasgos que la hacen suponer en parte, en *Poemas cristianos* ("Un día visitando a un Amigo, le encontré ocupado en arreglar ciertos papeles [...] (67) y en *El Evangelio en triunfo,* a pesar de la realidad autobiográfica básica que presenta: "Pero el Cielo que favorece las buenas intenciones, dispuso que en la misma prision tuviese en mis manos un Manuscrito que contenia la historia reciente de un Philosopho muy conocido en una serie de cartas escritas por él mismo y por alguno de sus amigos" (68).

ASPECTOS TEMATICOS DE LAS NOVELAS DE OLAVIDE

Características de conjunto

Uniendo las editadas por Lanuza (Nueva York, 1828) a las de Céspedes y Monroy —las que son las mismas y, en principio, todas las restantes— y contando también los dos fragmentos de La Carolina según el cuadro que arriba presentamos, nos encontramos con un nutrido grupo de novelas de

(64) Es significativo cómo se acude a la autoridad de un obispo para justificar las propias narraciones: ya que "había escrito más de veinte volúmenes de historias divertidas que no tenían otro objeto que el de inspirar sentimientos honrados y virtuosos" (prólogo de *Lecturas...*, ed. cit., pág. 5) se determinó a escribirlas al no encontrarlas para traducirlas o imitarlas. Se trata de Jean-Pierre Camus, obispo de Belley, íntimo amigo de San Francisco de Sales, que escribió un buen número de novelas más o menos moralizantes *(Casilde ou le bon-heur de la honnesteté, Elise ou l'innocence coulpable,* etc.). También Almeida hace lo mismo con otra autoridad eclesiástica, el arzobispo de Cambray [Fénélon, autor del famoso *Telémaco*] tomándolo como modelo para su popularísima obra *El hombre feliz.*

(65) Entiendo que son de él y no propiamente del editor, también en el caso de *Poemas cristianos.* En *El Evangelio en triunfo* y en el *Testamento de un filósofo* no hay caso, puesto que el primero es directamente del autor y el segundo, aunque no dicho expresamente, es evidente que pertenece a Olavide, lo cual confirma mi teoría.

(66) Cfr. *Testamento...*, ed. de M. Capel, en *La Carolina...*, ob. cit., pág. 299.

(67) Ed. cit., pág. III.

(68) Ed. cit., tomo I, pág. VIII.

variada extensión y temática que expondremos brevemente. Por lo pronto, el carácter común que presentan es su claro dieciochismo, y dentro de él, en la corriente prerromántica fundamentalmente; sin que a pesar de su aspecto puedan considerarse románticas en lo esencial. Publicadas en el filo de los dos siglos, están más unidas al XVIII que al XIX y sólo como predecesoras pueden relacionarse con las novelas romanticismo pleno. Publicadas en unos años especialmente favorables, en relación a los inmediatamente anteriores y posteriores, a la novela y en concreto a la novela moderna europea con sus especiales características que Brown resume, participan plenamente de ellas: "Sobreviene la irrupción arrolladora del sentimiento, de la moralidad asustadiza y lacrimosa, del exotismo, del sentimiento panteísta de la Naturaleza y del concepto deísta de la Providencia. El mundo realmente absoluto, de la novela tradicional parece que se disuelve en un ambiente de relaciones personales intensamente sentimentales y subjetivas; los personajes de la novela abandonan los caminos soleados de Castilla y se internan por las intrincadas galerías del corazón, o por las no menos oscuras profundidades de las selvas americanas, alemanas, escandinavas y hasta, inventadas *ad hoc,* castellanas" (69). Para la caracterización general de las novelas de Olavide resultan válidas estas apreciaciones de Brown y las que Aguilar Piñal hace de ellas, sobre la edición de Núñez, de modo específico: "Hay abundancia de sentimentalismo 'lacrimoso', de tenebrismos (los cementerios, espectros y fantasmas), predominio del sentimiento, como demuestran las frases 'corazón sensible', 'alma destrozada', 'negra melancolía', 'natural dulce y tierno', usadas con profusión" (70). A ello habría que añadir, como hace este crítico en otro momento, ecos rusonianos y ejemplaridad como propósito; como también se les pueden aplicar los criterios acerca de la plasmación literaria de los nuevos conceptos morales de los ilustrados españoles, más acordes con la condición social burguesa tal como los ha descrito en distintas ocasiones V. Rodríguez Casado (71). A pesar de las diferencias que las novelas presentan entre sí, algunas son anécdotas similares, con elementos intercambiables; por ejemplo, intentos de seducción de jóvenes honestas y anagnórisis felices. Otras, sin embargo, aparecen fuertemente diferenciadas de estos entretenidos relatos morales.

Esbozos argumentales

No es el momento de un estudio a fondo de las novelas de Olavide cuyo contenido resumimos aquí solo para dar una idea de su carácter —a veces el título dual casi nos lo da hecho—, siguiendo el orden y la titulación de *Lecturas útiles y entretenidas* y, a continuación, los dos fragmentos del Archivo Municipal de La Carolina. Para facilitar la identificación, damos también entre paréntesis las variantes de título que aparecen en Fernández de los Ríos o en las editadas por Lanuza.

1. *El desafío*

Al morir el Duque de Ledesma deja una única hija, Matilde. A la hora de casarse, su madre, que la adora, la deja en libertad para que elija y escoge a

(69) *La novela...*, ob. cit., págs. 22-23.

(70) "Olavide, escritor", art. cit., pág. 27.

(71) Cfr. "La nueva sociedad burguesa en la literatura de la época de Carlos III", *Estudios Americanos,* nº 100, 1960, págs. 1-23 y *Los orígenes del capitalismo y del socialismo contemporáneo,* Piura (Perú), ADEU, 1979, págs. 199-206.

Gonzalo. Pero, una vez prometidos, llega el marqués y Matilde coquetea con él. Gonzalo, celoso, le desafía. El Marqués le anuncia que se va a elegir armas; vuelve con Matilde y su madre —éstas eran sus armas— para que la joven se case con Gonzalo. Este queda confundido. Se efectúa la boda y el Marqués se marcha a Italia a conseguir nuevos laureles en las guerras. (Previamente a Matilde se le había recomendado paciencia, porque un celoso hay que tratarlo como a un enfermo).

2. ***La paisana virtuosa (Lucía o la aldeana virtuosa)***

No lejos de Madrid, un excelente hortelano se ve reducido a la miseria por un accidente. Una de sus dos hijas —ambas de gran piedad filial, y educadas de manera que no parecen aldeanas— logra entrar al servicio de una Condesa. Un rasgo heroico de honradez de la joven hace que la Condesa brinde ayuda al padre, que en el lecho de muerte le confía el secreto de su vida: es Alberto, el matador inculpable de Palma, un libertino ofensor, que vivía oculto desde entonces. La Condesa se llevó consigo a las dos jóvenes, Marina y Lucía —la madre ya había fallecido— y "las casó con personas distinguidas, que el mérito y virtudes de las dos hermanas hicieron solicitar para esposas suyas. De estas dos ilustres paisanas descienden hoy muchas de las más esclarecidas familias de España" (72).

3. ***La dulce venganza (La noble venganza)***

Cuando Sevilla era el único centro de comercio con América, dos hermanos, Manuel y Leonardo Mendaña, tienen allí buenos negocios. Manuel se casa con una mujer excelente por sus virtudes, Leonor, no rica, que le da una hija, Victoria. Leonardo se embarca a cobrar unos asuntos y es apresado y al parecer muerto por los holandeses, en guerra con España en esos momentos. Manuel pierde además toda su riqueza por otros barcos atacados y vende todo para pagar a sus acreedores. Victoria se ha casado muy bien, pero los abandona; otra hija suya, muy pequeña (Sofía) y la criada Antonia son las únicas que quedan, en la mayor miseria, con la muerte del padre y luego de la madre. Toman de huésped una viuda; su hijo Feliciano, que vive en Sanlúcar, va a verla, se enamora de Sofía y les socorre a través de terceras personas, sin que tenga medios suficientes para casarse con ella. Mientras, Leonardo, que no había muerto, logra recobrar su libertad en Ceylán, y el comerciante que le acoge, muy enfermo, le deja dirigir sus negocios mientras espera el barco que le vuelva a España. Pero antes, muere el comerciante y Leonardo se casa con su viuda, que a su vez muere dejándole riquísimo. Entonces sí vuelve a España. Cuando llega, se viste de mendigo y como tal se da a conocer a Victoria, que lo rechaza; lo mismo hace con Sofía, que le acoge. Leonardo se retira y vuelve ya como rico que es, la hace su única heredera, la colma de regalos, le facilita la boda y vive, feliz, rodeado de su cariño.

4. ***La mendiga honrada o la conversión del amor (El mendigo honrado)***

Ante el ataque del pirata Barbarroja, la gente de los pueblos cercanos a Valencia huye a la ciudad; Anastasia, pasado el peligro, se queda mendigando con su hija, Peregrina, que es bellísima, y de sentimientos puros y nobles. Cuando crece, su madre sólo piensa en venderla, y le prepara una

(72) *Lecturas...*, ed. cit., tomo I, pág. 172.

encerrona con el Marqués de la Peña, libertino espléndido y agradable, que ante la resistencia de Peregrina la respeta y queda prendado de ella. La niña huye, y, sin saberlo, se pone al servicio de la madre del Marqués, que se la lleva a Madrid, pues allí viven habitualmente. Después de un tiempo, vuelve el Marqués a Madrid y reconoce a Peregrina: ambos caen en la cuenta de su amor, y ante la imposibilidad de casarse, rechazan sendas propuestas de matrimonio, cada uno en su esfera. Anastasia, que llega a Madrid dispuesta a chantajear al Marqués, es denunciada por éste y por miedo a la cárcel declara que Peregrina no es hija suya, sino de origen noble y se llama Dorotea. Su padre, Don Jorge de Estrada, acaba de llegar a Valencia, de su cautiverio con los piratas; se reconoce la verdad y los dos jóvenes se casan.

5. *El sol de Sevilla (Laura o el sol de Sevilla)*

Laura, hija única de un caballero sevillano es instada por su padre para que elija marido a su voluntad; escoge un cordobés y allá se traslada. La acción sucede en tiempos de los Reyes Católicos, y la novela recoge unas bellas frases dedicadas a la nueva patria de Laura: "Córdoba es una ciudad deliciosa, bañada por las aguas del Guadalquivir: una continua primavera que la hace madre fecunda de flores y frutos. En sus tierras feraces, con el influjo de su templado clima, nacen y se crían los placeres y entre los dulces corazones de sus felices habitantes se anidan la alegría y la jovialidad" (73). El marido es inducido a los celos por falsas pruebas y la manda matar, pero el criado que va a hacerlo la deja huir disfrazada a Portugal. Cuando se descubre la falsedad de la acusación y el marido se desespera al comprobar su error, puede reaparecer en medio de la alegría de todos y el perdón real. "El Marqués contribuyó mucho con su valor a la toma de Granada; y el día que se rindió esta ciudad, y que los Generales fueron a congratular al Monarca, éste le dixo: tú me has dado una buena joya y me la debías, porque yo te había hecho recobrar un tesoro mejor" (74).

6. *Los dos amigos o los peligros de la riqueza. (Los peligros de la riqueza)*

Dos hidalgos de Almagro, Don Antonio de Moncada y Don Joseph de Cepeda, tenían dos hijos, Ramón y Bonifacio, muy amigos. A Ramón le llega la noticia de una gran herencia, y, antes de pasar a Cádiz a recogerla, hace donación de sus tierras a su amigo. En Cádiz y en Madrid después, las riquezas que recibe le van corrompiendo: la ambición y el lujo hacen presa de él, y entre las burlas de todos, que saben su origen, pretende altos cargos y honores. Incluso esconde avergonzado a su amigo, que va a verle, sin tiempo ni ganas de atenderle. De golpe se arruina totalmente y decide ir andando a Cádiz en busca de antiguas amistades, como un pordiosero. Sin saberlo, es acogido en casa de Bonifacio, que entre tanto se ha casado con la bondadosa Bárbara, y que, enterado de las desgracias de su amigo ha ido a socorrerlo a Madrid. Al encontrárselo a la vuelta, le ofrece su casa, sus antiguas tierras y procura que se case con Martina, la hermana de su mujer. Ramón, en fin, "conoció el precio de un buen amigo, y que no hay felicidad en la tierra, quando no le acompaña la virtud" (75).

(73) *Id., ib.*, tomo II, pág. 139.

(74) *Id., ib.*, tomo II, pág. 212.

(75) *Id., ib.*, tomo II, pág. 307.

7. *La huérfana*

Un original pintor madrileño, Juan Velázquez, conocido como "el pintor de las formas griegas" se casa con Polonia, que le ha servido de modelo por su belleza, sólo para tener bellos hijos, pues piensa que sólo pueden ser así, al tener él en su cabeza la imagen de los niños de famosos pintores. Como tardan en venir, trata mal a Polonia hasta que esta decide fingir un embarazo y parto, para lo que acuden al hospicio. Recogen a una niña, a la que dan el nombre de Ventura, que sólo accidentalmente se hallaba allí. El pintor enseña a Ventura a dibujar, música y baile y, sobre todo, a leer; y hace que mucha gente vaya a admirarla, a pesar de la modestia de Ventura. Un joven noble, Alonso, se enamora de ella, pero ante la imposibilidad de unirse en matrimonio se va a París. A la muerte del pintor, Polonia quiere aprovecharse de la belleza de Ventura, primero preparándole un encierro con un "joven andaluz", del que se defiende y huye, y luego obligándole por gratitud —pues le descubre que es huérfana— a casarse con un viejo repugnante e inmoral. Cuando ya está dispuesta al sacrificio, huye de nuevo cuando el viejo quiere propasarse antes del matrimonio. Una vecina amiga se la lleva a la Marquesa del Fresno para que la proteja y ésta la reconoce como la misma niña que tuvo que dejar depositada unos días en su huida a Portugal y habían dado por muerta al reclamarla. Le da a elegir marido, cuando ya tiene edad, y cuando ya casi va a comprometerse con Teodoro, aparece el Conde de la Vega con su hijo, que resulta ser Alonso, todavía enamorado de ella. El padre finge una "escena cómica" y la reclama para sí. Pero cuando le coge la mano se la da a su hijo, en medio del regocijo general y su deseo de "que se escriba esta historia, y que se le ponga por título la venganza paternal" (76).

8. *El amor desinteresado. (Paulina o el amor desinteresado)*

Una joven recogida por caridad, aprende a pintar y atrae las miradas de un caballero cliente de su maestro, ya anciano, y hace que ella le dé clases de pintura. Sin darse cuenta, se ven cada vez más enredados en un amor imposible, con absoluta inconsciencia por parte de la joven. El caballero la va protegiendo, sin saber muy bien en qué acabará todo, pero las circunstancias dan pie a suposiciones que dañan la honestidad de Paulina, y ésta, advertida, debe cortar el anterior ambiente de excesiva confianza. Entretanto, el caballero, que se debate entre sus obligaciones familiares y sociales y su deseo de casarse con ella, decide dejarla; pero es también entonces cuando se ve en la total ruina y enfermedad. Paulina al enterarse acude a socorrerlo, y en el momento en que una vuelta de fortuna repone al joven en el esplendor de su estado, se unen en matrimonio ante la alegría general. ¿"Quién puede describir la felicidad de amantes tan nobles, tan honestos y desinteresados?" (77).

9. *La hermosa malagueña*

Florencia, hija de Don Felipe Sarmiento y Doña María de Acuña, ama a Lisardo. Ante las dificultades que se presentan, huye en una nave que es apresada por los piratas. Selin se enamora de ella y se hace cristiano en secreto, pero el francés Clandol lo traiciona. El visir, también enamorado de Florencia, se ve en la obligación de darles muerte si no abjuran. No lo hacen y mueren mártires; Lisardo también muere, aunque de pena.

(76) *Id., ib.,* tomo III, pág. 181.

(77) *Id., ib.,* tomo III, pág. 303.

10. *La satisfacción generosa*

Dionisio Contreras, padre de Isabel y de Rosa, propone a Isabel casarse con Felipe de Céspedes. Ya comprometida, llega Alexandro de Meneses, que se enamora de ella. Un mal amigo, Jordán, le anima a conseguirla y sin su conocimiento, organiza falsas pruebas para desanimar a Felipe. Convence a la criada de Isabel para que, disfrazada de ésta, dé entrada a un supuesto Alexandro, para que al verlo, el criado de Felipe se lo cuente. Este acusa a Isabel y su padre intenta matarla a golpes y la manda a un convento, en un estado deplorable y con la honra perdida. La criada huye, Alexandro se entera, convence de la verdad a todo el mundo y al día siguiente van a buscar a Isabel al convento. Pero ella no quiere ya casarse con Felipe, que dudó de su inocencia, ni con nadie, sino que ha prometido quedarse en el convento si se conocía la verdad; después hace que Rosa se case con Alexandro.

11. *Los peligros de Madrid. (Marcelo o los peligros de la Corte)*

Presenta el caso de un hombre sensato, que vive feliz y acomodado con su familia lejos de Madrid, y que al venir por curiosidad a la Corte cae en manos de unos desaprensivos —un noble y su amante— que intentan pervertirle y están a punto de lograr su desgracia irreparablemente, pues no sólo le hacen caer en todos los vicios, arruinando su casa y abandonando su mujer, sino que, ante la perspectiva de una herencia que él desconoce, intentan envenenar a ésta, para que una vez viudo, se case con la mujer que le está engañando. Descubierto el crimen a tiempo, fue posible evitarlo. "Marcelo y su muger gozaron de la felicidad que se permite a los mortales en la tierra. Vivieron muchos años, se amaron hasta el postrer suspiro, y murieron casi juntos, dexando una posteridad feliz y virtuosa" (78).

12. *El fruto de la ambición (El incógnito o el fruto de la ambición)*

Cuando Mauricio, hijo único del Conde de Palencia, viaja hacia Francia para completar su formación, se detiene incidentalmente en tierras de Vizcaya y en un cementerio rural ve llorar amargamente a "un anciano venerable, que estaba sobre una de aquellas funestas sepulturas, sosteniendo tristemente su cabeza, cubierta de largas y respetables canas, con sus trémulas y arrugadas manos" (79). Pide que le cuente sus penas; el anciano, le aloja esa noche en su casa y le cuenta cómo se opuso a la boda de su hija Rufina con su novio, que desde niños habían estado juntos, hijo de su amigo, por darla en matrimonio a un caballero rico. El antiguo novio, que vaga inconsolable por los parajes bellísimos que habían sido testigos de sus amores, está a punto de matarla enloquecido y él mismo se tira por un barranco, donde lo recoge su padre, moribundo. Al fin muere y Rufina también, de dolor. El mal padre les llorará siempre; cuando el joven viajero le pregunta su nombre, se niega a dárselo: "no sepais jamás un nombre tan infame; y con esto parte. Mauricio llega a la posada, y encuentra el coche con Fabricio; pero siendo menester mucho tiempo para componer la rueda, le aprovechó para escribir esta historia, que remitió a su padre, y yo saqué la copia de su manuscrito" (80).

---

(78) *Id., ib.,* tomo V, pág. 128.

(79) *Id., ib.,* tomo V. 134.

(80) *Id., ib.,* tomo V, pág. 302.

13. *La presumida orgullosa. (La presunción orgullosa)*

En una ciudad de Castilla, los Marqueses del Soto tienen una hija, Rosaura, que se ejercita con su padre en la caza, equitación y otros deportes más propios de los jóvenes. No quiere casarse. Para distraerse de la muerte de su padre, va a Valladolid, donde estaba la Corte, con su tía. A una pariente de confianza, Elena, le escribe contando lo solicitada que está y cómo se burla de sus pretendientes. Pero acaba enamorándose de uno de ellos, un aventurero francés —Lamar— y deciden que ésta le seguiría para casarse con él en la frontera de Francia. Pero el francés, que le ha engañado, huye con sus joyas. Rosaura le persigue y le mata. Ante sus familiares, que han llegado siguiéndola, hasta allí, anuncia que se va a meter carmelita, agobiada del doble peso del daño que ha hecho a su madre y del crimen; pero antes muere de tantos sinsabores.

14. *El matrimonio infeliz. (Sabina o los grandes sin disfraz)*

Es la complicada historia de dos jóvenes nobles, cuyos padres son enemigos y que con sus maquinaciones, logran la desgracia más absoluta para los dos hijos, que en una de las alternativas de fortuna habían conseguido casarse. Precisamente cuando vivían escondidos, lejos de su país —en Lisboa—, el marido mata en defensa propia a su suegro, sin haberlo reconocido, que había llegado para perseguirlo; en la cárcel, ofrecen a Sabina su libertad y le engañan haciéndole creer que va a pasar la noche con su marido; pero en la oscuridad lo sustituyen y cuando se da cuenta de la infamia, muere ante la desesperación de su marido, Félix, ya liberado, que comprende toda su desgracia. "La infeliz murió entre sus brazos, y su pesar fue tan vivo, que parecía haber perdido el espíritu. La aflicción del alma es un veneno destructor, para el que no hay remedio. La de Félix le arrastró a la tumba al lado de su amada Sabina, y los corazones generosos, los amigos de los infelices derramaron en su sepulcro las lágrimas preciosas, con que la tierna veneración honra las cenizas de la inocencia" (81). El final de la novela alude a la multitud de casos que se ven de personas inocentes perseguidas y desgraciadas y al consuelo de pensar en los castigos y premios de la vida eterna.

15. *El secretario filósofo*

El Marqués de Moncada, que tiene un hijo único, Isidro, educándose en un colegio, y ha quedado viudo, decide casarse con Marta, hija de los Duques de Lorma, de diecisiete años de edad. Por aquel entonces, necesita un secretario y admite a Plácido, joven ameno y eficaz, a pesar de que su amigo Don Alberto le advierte que tiene malos informes de él, especialmente, que no tiene principios religiosos, se complace en leer a Voltaire y demás filósofos a la moda. Después de varios incidentes que prueban su inmoralidad, Plácido tiene un enfrentamiento con el Marqués, que hasta entonces no ha querido despedirle. Para vengarse, entre él y Justina, amante suya y criada de la casa, le denuncian la supuesta infidelidad de su mujer mediante anónimos y falsas pruebas. El Marqués duda —a escondidas escucha a Melchor, primo de Marta que es el sospechoso, leerle nada menos que una de las *Lecturas útiles y entretenidas*, con lo que aleja las sospechas—; pero al cabo, se ciega y lo mata; cuando su mujer le dice que está embarazada, la envenena. Poco después

(81) *Id., ib.,* tomo VI, pág. 275.

llega una carta de Plácido, haciéndole saber que todo es falso y que huye con Justina al extranjero, donde pregonará sus crímenes. Cuando el Marqués se lo cuenta a su hijo Isidro, éste les sigue y los mata cerca de Pamplona. Mientras espera sentencia, pide veneno a su padre para ahorrarse la vergüenza de una ejecución pública, pero el Marqués, accidentado, no llega a dárselo a tiempo. Muere cristianamente; el Marqués, cuando se recupera, poco a poco va arrepintiéndose y, con los consejos de Don Alberto y un Director que éste le recomienda, se retira a hacer penitencia.

16. ***El estudiante. (El estudiante o el fruto de la honradez)***

Un caballero de cortos bienes, Don Sebastián de Texada, vive cerca de Madrid con su mujer y dos hijos, Margarita y Ramón. Muerto el padre, Ramón va a estudiar a Alcalá, como manteísta. En un camino, entra en contacto casualmente con los Condes de Salmerón, que se divierten oyéndole hablar sólo en latín, pedante e ignorante a la vez, por el mal sistema de estudios universitarios de España, que el Conde, hombre ilustrado, critica; pero también reconocen su buen corazón y sus principios religiosos. Es "tosco pero muy sensible" y deciden llevarlo a su casa para que acompañe a su hijo Jacinto. En concreto, va con él de viaje por Europa, librándole de aventuras con malas consecuencias. Cuando vuelven a España, se encuentra que su hermana Margarita es acosada por el vicioso Fadrique que la rapta; pero huye y casualmente la recogen el Conde y su hijo que más adelante se casa con ella. Y "El Estudiante, dichoso ya con la felicidad de su hermana y sus amigos, lo fue también por los altos empleos a que le subió su mérito, y por otra esposa en quien halló también mucha virtud" (82).

17. ***Los gemelos. (Los gemelos o el amor fraternal)***

"Don Enrique de Lara había pasado en su juventud a Lima, capital del reyno del Perú. Se dio al comercio, y lo hizo con tanta diligencia, honor y providad, que en pocos años juntó un inmenso caudal" (83). Se casó con una limeña, Doña Mariana de Albizu y tuvieron dos hijos gemelos, Pedro y Pablo. Padre e hijos viajan a España; en un naufragio se separan los gemelos y Pedro vuelve, mientras que Pablo aparece siendo esclavo en Marruecos. Allí se encuentra con que la hija de su amo, Hazan, era secretamente cristiana, por su madre, una cautiva española que ya había muerto. Los incidentes son muchos; entre ellos, se produce un cambio de hermanos y el descubrimiento de que Hazan también es cristiano y quiere huir de Marruecos con su hija. Después de varias confusiones, ya a salvo en España, los dos hermanos se casan con las que verdaderamente amán, una de ellas Rojana (o María, su nombre cristiano) la hija de Hazan.

18. ***La madre prudente***

Los Duques de Castalia tienen un hijo, Faustino, de carácter muy fuerte y difícil. La madre —prudente— decide pedir a un clérigo ilustrado y santo, Don Tomás de Urrea, que le enseñe la religión, en concreto los motivos de credibilidad, historia, etc. para que convenciéndose por razones de lo fundamentada que es la fe, llegar así a mejorar su carácter. En una temporada circunstancial en el campo, ve a una labradora, Eugenia, de la que se enamora perdida-

(82) *Id., ib.*, tomo VII, pág. 256.

(83) *Id., ib.*, tomo VIII, pág. 3.

mente y con la que se quiere casar. De acuerdo con sus padres, la duquesa engaña a su hijo, diciéndole que se casará; y después hace fingir su muerte (con un soporífero). Faustino se cura, pues la violencia de su pasión lo había llevado al borde de la muerte, y la madre lo inclina hacia su igual, Graciana, con la que se casa. A Eugenia la dota para que se case con su prometido.

19. ***La feliz desgracia***

Alejo, joven de buenos principios pero sin fortuna, acude a la Corte para mejorar de estado; solo tiene como posibles méritos, saber bailar y cantar seguidillas, fandangos, etc. Pronto se corrompe por el ambiente cortesano, cae en el juego y otros vicios. Siempre para subir, enamora a Clara, la hija de un Magistrado que intenta convencerla en vano del disparate que va a hacer casándose con él. Se hace un extenso examen de las leyes sobre el matrimonio, de los abusos que se dan cuando se permite sacarlas depositadas a las hijas contra la voluntad de sus padres... Cuando ya está a punto de salir Clara, un accidente de Alejo, que cae de su caballo en su misma puerta, le deja desfigurado. Clara horrorizada, enferma; Alejo muere tras larga agonía. Clara decide tomar el hábito de carmelita cuando recupera la salud.

20. ***El inconstante corregido***

En Madrid, el Conde de la Floresta, hijo único de padre ilustrado, está casado con la hija de los Marqueses de Pozo-Frío y tienen un hijo, Pepito, bueno pero con el gran defecto de ser sumamente inconstante. Con la edad, no se corrige de su defecto, que pone en grandes aprietos a sus padres, demasiado blandos con él. Por último, cuando está a punto de casarse con Casilda, hija de una antigua amiga de su madre, rompe su palabra y se compromete con Doña Brígida de Guzmán, mujer imperiosa y antipática, de la que también pronto se cansa. Casilda, que entretanto ha estudiado con detenimiento los fundamentos racionales de la religión, su historia, etc., le envía los cuadernos de los que se ha servido, con ayuda de un clérigo ilustrado, y, sobre esas bases, Pepito va cambiando realmente de carácter y Casilda accede a casarse con él.

21. ***La familia feliz***

Ricardo de Arenzana, natural de Vizcaya, buen joven, de carácter ardiente, va a conocer Madrid y luego viaja por el mundo donde aprecia los peligros de las cortes corrompidas. Vuelto a su lugar, se casa con Donata, relativamente pobre pero excelente, que cría por sí misma a sus hijos. Viven una vida apacible, reuniéndose por la mañana a primera hora, en una especie de capilla para presentar "su primer tributo de adoración al Ente soberano". El trata a su esposa como su "querida amiga". Todos lloran de felicidad, sus almas son sensibles. Los hijos van creciendo; los mayores se llaman Fernando y Justina. Dos amigos de los padres, Legarda y Arrieta, a pesar del espectáculo de tanta felicidad, no se deciden a casarse. Entretanto, aparece casualmente Don Tadeo de Munive, joven militar alavés que se enamora de Justina, pero debe partir de campaña antes de casarse. Con él se va Fernando, animado por su padre, a pesar de la resistencia de Donata. Por aquel tiempo, un caballero intenta forzar a la hija de un labrador, Juan Méndez, y les quema la casa. Legarda acoge en la suya al labrador y a su hija, Sinforosa, y después se casa con ella. Arrieta por su parte quiere casarse y piensa en Bibiana, hermana de Justina; pero antes viene a vivir allí la sobrina de Legarda, Fermina y la pide,

aunque por estar de luto reciente, quiere estar seis meses sin comprometerse. Fernando, que vuelve, se enamora de ella; Arrieta se entera y pide a Bibiana, cediendo a Fermina.

22. ***La maldición paterna.*** **[Fragmento]**

El Duque de Mancera, viudo, tiene una sola hija, Faustina, a quien no sabe educar, por ser poco ilustrado. La niña tiembla ante su presencia. Por inexperiencia, se enamora de un joven que acude a su casa, Victorino, hijo del Alcalde Mayor de la villa. Su padre tenía otros planes... (El fragmento se detiene ahí).

23. **[Fragmento sin título]**

Carolina, educada por su madre viuda, que siempre está tristísima, que nunca quiere ver a nadie y que no le enseña nada, porque no sabe, pierde su natural vivacidad y no hace más que disimular. A los trece años va a casarse con su primo Cenón, a quien no ha visto aún —sabemos que tiene un defecto físico—. Aquí se interrumpe el fragmento.

ORIGINALIDAD DE LAS NOVELAS DE OLAVIDE

Planteamiento del problema

Con esto llegamos a otro punto esencial de nuestro trabajo: las novelas de Olavide no son exactamente de Olavide, sin por ello dejar de serlo en alguna manera. Es decir, aclarando el acertijo, he podido comprobar que, en un número todavía sin determinar, pues se trata de una investigación en curso, Olavide adaptó las novelas de originales, franceses en principio, siguiendo con ello una extendida costumbre del momento y siguiendo, sobre todo, su propia e inveterada manera de hacer las cosas. Se ha estudiado ya en lo referente al teatro y lo hemos visto también en *El Evangelio en triunfo;* traduce salmos y otros textos de carácter religioso, y quedan testimonios de otros intentos de versiones al castellano directamente hechas por él, como el *Ensayo sobre el hombre* de Pope (84). En sus últimos años no hay razón para suponer en Olavide un cambio radical de actitud con respecto a su actividad literaria, salvo en la intencionalidad —quizás— de la misma, pero no en sus aspectos formales; igual que en otro orden de cosas, encontramos en él cierta continuidad de ideas y propósitos a lo largo de su tan variada vida. En el campo de lo religioso, donde las alteraciones pudieran parecer —y de hecho son— más notables, y, en general, en tantos otros aspectos de su mentalidad ilustrada. Esa unidad es lo que hace posible la sincera conversión del limeño después de la sentencia inquisitorial y, a la vez, la permanencia de luces del siglo —converso a la "Ilustración cristiana" habría que considerarlo en realidad—(85) puesta de manifiesto en temas como el estudio de la religión, asunto que toca expresa y repetidas veces en las novelas, como en otros característicos como las relaciones entre padres e hijos, la educación de los jóvenes, etc. En este sentido, Defourneaux, que ha llamado la atención sobre la piedad de que da muestras públicas "el mártir de la Inquisición" con sor-

(84) *Pablo d'Olavide...*, ob. cit., pág. 75.

(85) En el sentido que da V. Rodríguez Casado al término (Cfr. *Orígenes del capitalismo...*, ob. cit., págs. 179-199).

presa de sus amigos franceses, opina que *"El Evangelio en triunfo* demuestra la continuidad del pensamiento de Olavide, en todos los aspectos, desde la época de su gran papel en España: la religión que defiende contra sus enemigos es siempre la religión 'ilustrada' a la cual de manera bastante torpe quisiera dar un fundamento racional, y el programa de vida que propone su "filósofo desengañado", reproduce todas las ideas esenciales que habían inspirado la acción de Olavide, treinta años antes, cuando trataba de beneficencia, de educación o de reforma agraria" (86). En las novelas, puede decirse que la unidad de pensamiento con *El Evangelio* es completa, aunque como es lógico, la temática de la obra narrativa sea más variada y esté tratada de modo puramente ficcional.

No sería nada extraño por tanto la continuidad en el comportamiento literario de Olavide con respecto a las traducciones y adaptaciones de obras francesas. Para E. Núñez, el hecho de no firmar *El Evangelio en triunfo* supone una indicación por parte de Olavide de su no originalidad. Si esto fuera así, debería haberle llevado a pensar lo mismo de sus novelas, por "el autor del *Evangelio en triunfo"*, pero el investigador peruano opina lo contrario, aunque esta atribución que aparece en las ediciones americanas, si es de Olavide, deja sin sentido la interpretación de Núñez de que éstas sí son propias: "Defourneaux sostiene la falta de originalidad de *El Evangelio*... Por algo Olavide se había abstenido de firmar este libro que no se atribuye a persona alguna aunque más tarde, en vez de firmar con su nombre otras obras que son realmente suyas, usa la expresión seudónima "por el autor de *El Evangelio en triunfo*" (87). No se entiende bien por qué Olavide cambió de parecer con respecto a la consideración de su autoría; más bien creo que no hubo tal cambio: tan autor se consideraba de su obra apologética como de sus posteriores *Poemas cristianos* y *Salterio español,* sin hacer distingos entre lo traducido, adaptado o creado, conforme a determinados usos de la época. Lo único que se da entre otras razones extraliterarias, es un hecho de sucesión cronológica y de resonancia editorial que, en sí, ni prueba ni desmiente la posible originalidad de las novelas de Olavide y los márgenes de la misma.

Novelas y traducciones

El proyecto específico de traducir las novelas de la nueva sensibilidad es antiguo en la vida de Olavide y queda un testimonio terminante de ello. Por supuesto, entre sus libros se encontraba un número considerable de novelas de la época (algunas traducidas del inglés como la *Pamela y Grandisson,* de Richardson, obras francesas) que de una manera limitada conocemos, pues sólo se ha podido reconstruir el catálogo con los datos conservados en los Archivos de la Inquisición y de los que Defourneaux ha estudiado la posible reconstrucción de su biblioteca francesa (88). Es de suponer que su lectura le resultase atractiva conociendo su gusto por estar al día y su coincidencia ideológica con lo que las novelas representaban. Pero además de ello, y creo que no se ha resaltado en modo alguno con respecto a las novelas de Olavide a pesar de la importancia que el hecho tiene, Defourneaux nos ha transmitido —por su trascendencia, cito textualmente al investigador francés— los intentos del activo limeño de animar a la traducción de Richardson en época

(86) "Pablo de Olavide, un afrancesado en el Siglo de las luces", art. cit., págs. 44-45.

(87) E. Núñez, *El nuevo Olavide,* ob cit., pág. 44.

(88) Cfr. *Pablo d'Olavide...,* ob. cit., págs. 476-491.

temprana, cuando personalmente está metido en la adaptación de obras teatrales, hacia 1763: "C'est en effet a la 'restauration' des lettres et du gout espagnols que travaillent alors Olavide et ses amis. Quel meilleur moyen pour cela que d'adapter a la langue espagnole les chefs-d'oeuvre étrangers? 'le marquis de Mora et Olavide, écrit l'abbé Caaslbon au duc de Villahermosa, étaint l'autre soir acharnés à vouloir que je traduise *Grandisson*, en s'imaginant que cet ouvrage pourrait contribuer à donner une meilleure idée des bonnes moeurs. Venillez me dire, puisque vous l'avez lu, si vous êtes du même avis et si éventuellement vous feriez les frais de l'édition, auquel cas je me consacrerais entièrement à ce travail', et quelques jours plus tard: 'Je suis en train de lire *Grandisson,* décidé a le traduire et à situer l'action à Madrid, ce qui le transformera, mais ne le rendra certainement pas meilleur. Mais le marquis de Mora, Olavide et Campomanes pensent que c'est ce qui doit être fait et je passe la plupart de mes soirées dans la maison du second" (89). Es decir, muchos años antes de Baeza estaba ya interesado activamente en el campo de la narrativa; y tenemos constancia también que no sólo quiso introducir obras francesas en España sino que, confirmando el concepto cosmopolita de las relaciones literarias que hemos anotado a propósito de los ilustrados españoles, hizo los mismo pero al revés en Francia, ayudando a traducir obras narrativas españolas al francés: "[...] no puede ser más favorable la opinión expresada por el caballero Florián, fabulista e hispanista, a quien Olavide ayudó a adaptar al francés la *Galatea* de Cervantes, y que le agradeció con elogios desmesurados en el Prólogo de la primera edición: 'A pesar del estudio especial que he hecho de su lengua, no me he atenido a mis conocimientos, sino que he sido guiado por las luces de un Español que ama las letras tanto como a su patria, teniendo de común con Cervantes el ser todavía más célebre por su talento que por sus desgracias' (Florián aclara en una nota: 'El Señor Conde de Pilos')" (90). Actividad literaria, pues, que abarca temas muy diversos y que lleva a pensar en sus obras finales de todo tipo como realizaciones impresas de propósitos concebidos años atrás (91), sin descartar lo que de invención original pueda haber en ellas.

Las indicaciones del autor en los prólogos

El *Prólogo* de *Lecturas útiles y entretenidas* no puede ser más ambiguo en este sentido. En principio parece dar a entender que las novelas son originales; el autor, habiendo tenido noticia de los veinte volúmenes de historias divertidas y moralizantes del "Obispo de Belei", "hizo muchas diligencias para buscar estos libros, proponiéndose, ó traducirlos ó imitarlos [y no hallándolos] se determinó por fin á ensayar sus propias fuerzas, y aplicarse á ver si podia escribir algo que pudiese llenar el mismo objeto" (92). Pero el carácter mismo del *Prólogo,* de configuración ficcional no permite ninguna afirmación tajante; y, al contrario, en él se llega a admitir de tal modo la posibilidad de que sean adaptaciones que de hecho viene a suponer, como

(89) *Id., ib.,* págs. 74-75. Aunque años atrás tuviera esos propósitos, de hecho, alguna de las obras traducidas son cercanas a las fechas de Baeza: *Félix et Pauline,* de 1793 (2.ª ed. revisada, 1798).

(90) Defourneaux, "Las amistades francesas de Pablo de Olavide", art. cit., pág. 45.

(91) Ni siquiera era nuevo en Olavide el interés por difundir obras apologéticas: según defensas ante la Inquisición, "pendant les soirées de l'hiver 1772-73, il leur a lu et traduit en espagnol La verité de la religion chrétienne de l'abbé Pey, l'ouvrage renommé pour sa solidité et que a pour but de prouver la verité de la religion contre les impostures et les calomnies des hérétiques, deístes et philosophes modernes' " (*Pablo d'Olavide...,* ob. cit., pág. 333).

(92) Ed. cit., tomo I, págs. 5-6.

sucede en otras obras de este tipo, casi lo mismo que una negación de originalidad plena:

> "Con esto ya se ve que ni yo, ni el heredero podemos saber si estas historias son originales ó traducidas, si son sacadas de otros libros, ó si son propias invenciones del Autor, ó tal vez si hay de uno y otro. Lo que puedo asegurar es que todos los personages son Españoles, que los sitios, las costumbres que se pintan, y los sucesos que se cuentan parecen acaecidos en España, de modo, que si alguno de ellos ha sido sacado de libros extrangeros, el Autor lo ha naturalizado. Pero esto ¿qué importa al lector? con tal de que aconseje bien á unos, que corrija á otros, y que divierta á todos, me parece que esto debe bastarle" (93).

A mi juicio, a pesar de la finta final, es una verdadera declaración de lo que ha ocurrido con las *Lecturas,* y pronto tendremos ocasión de comprobarlo en los casos que, hasta ahora, he podido identificar.

Esta información más o menos velada acerca de la falta de originalidad plena, es parecida a la de otros prólogos de novelas más o menos cercanas, en temática y estilo, a las de Olavide, como *Irene y Clara o la madre imperiosa* tremenda novela moral publicada por Vicente Salvá: "Si esta novela, que contiene lecciones muy provechosas sobre los perniciosos efectos de la mala educación dada por algunas madres de familia, es útil e interesante como yo la juzgo; si está bien acomodada á nuestros hábitos, maneras y localidades, y si no se advierte en cada línea, como en mil otras, que es una traducción; el lector siempre me agradecerá que le proporcione un libro que le entretenga y que no estrague, ni sus buenas costumbres ni su lengua" (94). Por el contrario, cuando la creación, dentro de la imitación, es segura, nos encontramos con afirmaciones claras de autoría, como la de García Malo cuando decide darse a conocer como padre de las historias contenidas en *Voz de la naturaleza:*

"Habiéndose ausentado el referido Anaya de esta Corte, y observado yo la benignidad con que el Público ha recibido esta corta producción mía, no puedo menos de continuarla y de manifestarle mi agradecimiento declarando mi nombre; advirtiendo al mismo tiempo, que algunas personas han creído ser traducción lo que solamente es original, sin otra circunstancia que la de haber imitado los Cuentos Morales de Marmontel, las Anécdotas de Monsieur Arnaud, y de diferentes otros, que sin duda, con el mismo objeto que yo, se dedicaron a composiciones de esta especie, que se pueden graduar por unos pequeños Poemas" (95). Afirmación que se transforma en indignada protesta ante la acusación directa de plagio por parte de un periódico (de que la Anécdota de *Rosalía,* tomo II, era traducción de *Pamela*) que le causó risa y calló por desprecio: "Pero por si acaso algunos de los que vean estas Anécdotas han leído el tal papel, no podemos menos de manifestar la ligereza de sus Autores, quando aseguran que una historia de ocho tomos está traducida en seis pliegos [...] ¿Qué censura pueden hacer hombres que no saben distinguir la imitación de la traducción?" (96).

(93) *Id., ib.,* pág. 11.

(94) Valencia, Ferrer de Orga, 1831, págs. 3-4 del prólogo (sin numerar). Se trata de una adaptación, hecho del que tenemos testimonio del propio Salvá: "también he empezado la impresión de aquel manuscrito de Campomanes y de la novela que tradujimos Gómez Hermosilla y yo, intitulada *Irene y Clara*" (cit. por C. Reig Salvá, *Vicente Salvá, un valenciano de prestigio internacional,* Valencia, 1972, pág. 127; cfr. además, pág. 309).

(95) Barcelona, 1799, tomo III, págs. A2v.-A3.

(96) *Id., ib.,* tomo V, págs. A3v. A4.

TRES NOVELAS ADAPTADAS

Esto no ocurre nunca con Céspedes, o, si se prefiere, no ocurre nunca con Olavide. Olavide da sus fuentes —al menos una— en el prólogo de *El Evangelio en triunfo;* en el *Salterio* son obvias; las del teatro, públicas. No lo hace con respecto a las novelas; pero su diversidad —verdadera heterogeneidad a veces—, que hace más problemática su autoría si se considera que aparecen concentradas en corto espacio de tiempo, así como otras razones, me han llevado a suponer la existencia de originales extranjeros y, en fin, a encontrarlos para alguna de las novelas; en concreto, para tres de las publicadas en *Lecturas útiles y entretenidas,* que también lo fueron por Lanuza: *Marcelo o los peligros de la Corte,* que resulta ser *Guermeuil* de Baculard d'Arnaud; *El incógnito o el fruto de la ambición* es *Félix et Pauline ou le tombeau au pied du Mont-Jura* de P. Blanchard (¿no se llamaban Félix y Paulino los hijos del filósofo desengañado en *El Evangelio en triunfo?*) y *Paulina o el amor desinteresado,* adaptación de *Ernestine* de Madame de Riccoboni (97).

Este descubrimiento supone un replanteamiento total del estudio de la obra narrativa de Olavide y de sus relaciones con la literatura de la época escrita en España y en América. Aunque en un principio me resultó doloroso renunciar a la existencia de una narrativa original del limeño —al menos en tres casos, pero es verosímil pensar que no tardarán en ser más—, aparte de ser la realidad, me llevó a pensar que el papel de Olavide como difusor de las novelas que consideraba mejores para el lector español y todas las consideraciones que este hecho plantea son también de la mayor importancia para un conocimiento más preciso de la historia de la literatura del XVIII.

Desde luego, el tipo de traducción que hace Olavide, a juzgar por las que he podido localizar hasta el momento, es una adaptación no excesivamente libre, tal como había hecho con las comedias. De las demás no se puede aventurar más que suponer una conducta similar, por sus mismas palabras del prólogo de las *Lecturas* acerca de la naturalización que hace asimismo de las novelas, anécdotas dotadas de fuerte abstracción, posibles —si fueran posibles— en cualquier ámbito europeo, pero localizadas de hecho en lugares conocidos de Olavide o fácilmente relacionables con él: Sevilla, Madrid, Sanlúcar, Cádiz... Lima; con regiones o ciudades trasladadas como calcos de sus modelos: Madrid-París, Alpes-Pirineos. Los nombres propios aparecen desde luego sistemáticamente hispanizados: Guermeuil, su mujer Adélaide y sus malos amigos Blinval y Madame de Cérignan se transforman en Don Marcelo de la Vega, su mujer Doña Martina de Cerbera, hija de los Condes del Castillo y el marqués de Donval y Cipriana. París es Madrid.

Los cambios más notables aparecen en los comienzos de las novelas. Así, *Félix et Pauline* muestran un marco narrativo relativamente nuevo, con una historieta supletoria muy del gusto de Olavide. En el original francés, el narrador, en primera persona introduce el relato: mientras paseaba cerca de los Alpes, al pie de Mont-Jura, disfrutando de la naturaleza, se le hace de noche y busca donde alojarse. Ve a un anciano venerable, sumido en reflexiones, que le ofrece su choza. Antes de partir, el anciano besa una piedra al pie del abeto donde estaba; ante la sorpresa del autor le dice que es una tumba y

(97) La relación de *El amor desinteresado* con *Ernestine* me vino dada por una agresiva nota de un redactor del *Memorial literario,* tomo I, octubre de 1801, pág. 65. Debo —y agradezco— la noticia de la existencia de esta nota a la investigadora Inmaculada Urzainqui, de la Universidad de Oviedo, especialista en la época.

que le contará la historia, lo que hace después de la cena. Al terminar la triste y extensa narración de los amores de su hija Pauline y el hijo de su amigo Vicent, Félix, truncados trágicamente por la ambición del padre que rompe su compromiso para exposarla con un hombre rico llamado Varanzai, el narrador se retira, aunque esa noche no puede dormir. Al día siguiente, antes de irse va a la tumba a rendir homenaje a los amantes. En la versión de Olavide, el relato se inicia en tercera persona: Mauricio, hijo del Conde de Palencia, viaja hacia París y al pasar por Vizcaya se les rompe una rueda del coche. Mientras se repara, se va andando hacia la posada, pero se le hace de noche y ve sólo una iglesia con un cementerio al lado y un anciano abstraído delante de una de las sepulturas. Se ofrece a alojarlo en su choza, besa la losa antes de partir, etc. Después de cenar comienza a narrarle la misma triste historia... En este caso el amigo es Baptista, su hijo Albano y su hija Rufina; el caballero rico, Don Fermín de Lerena (París, invariablemente, Madrid). El relato se interrumpe; al día siguiente, al amanecer, el anciano lo continúa, mientras le guía a la posada, y a su vista, lo despide. El viajero le pregunta cómo se llama, pero éste no quiere decirle "un nombre tan infame". Como aún no han terminado de reparar la rueda, Mauricio aprovecha el tiempo para escribir esta historia "que remitió á su padre, y yo saqué copia de su manuscrito" (98) declara inesperadamente el narrador de *El fruto de la ambición*. También *Paulina o el amor desinteresado* presenta mayores diferencias con la *Histoire d'Ernestine* en el establecimiento de la situación inicial que en el resto del relato, una vez puesto en marcha, aparte de las conversiones de nombres y lugares. Una extranjera —Cristina—, que hacía tres meses vivía en París, de su trabajo como bordadora, muere de repente dejando una niña de tres o cuatro años. Una vecina algo acomodada, Madame Dufresnoi, la adopta. La niña se llama Ernestina y era alemana; va creciendo y para dejarle un medio de ganarse la vida, su protectora hace que Monsieur Duménil le enseñe a pintar miniaturas. En *El amor desinteresado,* Doña Clara del Postigo, una noche de invierno vuelve a su casa después de hacer oración en Atocha; cerca de la puerta de las Delicias oye los gritos de una niña abandonada. Se ofrece a acogerla, con la aprobación del Alcalde del Cuartel, y le da el nombre de Paulina. En el piso bajo de la casa vive el pintor Cano y su familia; al descubrir las aptitudes que demuestra la niña cuando ya va creciendo, le enseña a dibujar y a pintar. El resto en los dos relatos es prácticamente igual, salvo las diferencias nominales apuntadas arriba: Henriette Duménil será Doña Tomasa Cano; el Marqués de Clémengis, el Marqués de San Leandro; París, Madrid, etc. También, como en *El fruto de la ambición,* la verosimilitud de las costumbres establece mínimas, aunque significativas, variantes: Mademoiselle Duménil, frívola y aturdida, aprovechando que el Marqués está en Versalles, lleva a Ernestine a la ópera; a su vez, la correspondiente Doña Felipa, que sabe que el Marqués está en el Sitio, la llevará a la comedia.

Reflexiones en torno a este hecho

Naturalmente, como dije arriba, la identificación posible de otras novelas y el estudio detenido de todas ellas es materia del trabajo de investigación que tengo entre manos y del que aquí solo hago un planteamiento inicial; pero creo que no cabe duda de la trascendencia del hecho. Entre otras cosas para rectificar —aparte de los datos numéricos, titulación, etc.— opiniones expre-

(98) *Lecturas...*, ed. cit., tomo V, pág. 302.

sadas por algunos de los pocos críticos modernos que se han pronunciado sobre los relatos de Olavide o sobre las *Lecturas útiles y entretenidas,* que parten de considerar las traducciones como originales. Así, Ferreras es confundido por lo mismo que en el *Prólogo* había servido para sugerir, tan ambiguamente, lo contrario; y llega a decir: "Todas las novelas son de ambiente español, y no creo que se encuentre entre las mismas ni una traducción ni mucho menos una adaptación de obra extranjera" (99). Quedan también invalidadas en parte las conclusiones de E. Núñez hechas sobre la base de juzgar a Olavide creador de las novelas, lo que le lleva a considerarlas excesivamente uniformes, siendo así que habrá que revisarlas una a una en relación a sus modelos. Suponiéndolas adaptaciones, se ve más bien que dentro de lo que ofrecía la narrativa de la época —aunque son obras más breves que algunas novelas extensas del momento, como la *Pamela—,* Olavide ha escogido un muestrario según sus personales preferencias. También, en lo que se refiere a una tardía potencia creadora, aunque esta actividad narrativa no esté exenta de valores creativos y sea, desde luego, indicadora de la vitalidad intelectual y moral de Olavide en sus últimos años, no por eso deja de tener mayores límites que los considerados por Núñez; límites que, por otra parte, marcan una continuidad con su quehacer literario de otras etapas de su vida y de otros géneros.

Estos datos servirán para las oportunas rectificaciones; pero, sobre todo, la importancia de este nuevo planteamiento es la de enriquecer la historia literaria de fines del XVIII en España, todavía mal conocida, especialmente en la novela; y en lo que a Olavide se refiere, conocer mejor el alcance de su obra, en especial en lo que hace relación a sus ideas y preferencias. Quizás nunca conoceremos del todo qué es exactamente lo que traduce y adapta, pero es indudable que lo que ha quedado escrito es lo que para él tenía interés: sustancialmente, las mismas obras elegidas, que, como ya apuntamos, vienen a formar una *Antología* de la narrativa de su época, con novelas tan dispares como *Sabina o los grandes sin disfraz (El matrimonio infeliz), El incógnito* o *Lucía o la aldeana virtuosa,* por no salirnos de las publicadas por Núñez. Todas esas novelas le interesan como modelos en su género, quizás unas más por *útiles* y otras más por *entretenidas;* lo que se mantiene en ellas es lo que Olavide gusta y firma —o afirma—: sensibilidad,virtudes, religiosidad ilustrada; todos los principios que considera correctos, en los atractivos moldes modernos: para darlos a conocer o más bien para contribuir a su difusión en España. Salvando las distancias, vale para las *Lecturas* el juicio de Defourneaux sobre la sinceridad de la religiosidad de Olavide y la falta de originalidad de *El Evangelio en triunfo:* "Mais absence d'originalité ne signifie pas nécessairement manque de sincerité. Le caractère "livresque" de la pensée d'Olavide est un des traits les plus marquants de sa personalité: c'est dans les ouvrages de Voltaire et de ses émules qu'il puisait les arguments dont, à la Caroline, il accablait F. Romuald, én defendant son idéal de religion "éclairée"; c'est chez les Apologistes francais qui s'efforcent de réfuter Voltaire et Rousseau qu'il puisera, vingt ans plus tard, la substance de sa propre réfutation. Est-il moins sincère alors qu'il ne l'etait naguère? Tout demontre le contraire" (100).

En este sentido, tenemos un caso curioso que refleja la mentalidad de Ola-

(99) *Los orígenes...,* ob. cit., pág. 180. En el *Catálogo* matiza esta observación tajante.

(100) *Pablo d'Olavide...,* ob. cit., pág. 453.

vide en cuanto a la elección de novelas que realiza. La mezcla de ortodoxia y heterodoxia, dejando aparte la buena voluntad de Olavide en esta época de su vida, aparece en las novelas, entre otras cosas porque la materia narrativa se prestaba estupendamente a ello y el sentimentalismo impregnaba de tal modo las ideas que resultaba difícil identificar como desviaciones doctrinales —salvo a censores rigurosos— sus manifestaciones, a veces destinadas a bien-intencionados fines apologéticos. Con respecto a las obras literarias y, en especial, a las novelas, los motivos de condenación más frecuentes y que a menudo se daban juntos, según Deforneaux, eran, entre otros, "la exaltación de las pasiones, y la apología de la naturaleza como inspiradora de la conducta humana" (101). Y una de estas novelas de entronque probadamente heterodoxo, la de Blanchard, heredero cercano de Rousseau, cuya traducción al español, publicada en 1806 fue prohibida al año siguiente (102), fue elegida para incluirla en las *Lecturas*. Olavide, que ha rechazado expresa y sinceramente a Rousseau en los aspectos doctrinales básicos de sus teorías, (lo considera peor aún que Voltaire: "mas astuto en saver cubrirse con la capa de la virtud, y de la austeridad, se hizo por fin mas peligroso porque supo seducir, arrebatar, y entusiasmar a sus lectores") (103), permanece dentro del influjo general que permite que la traducción de *Félix et Pauline* entre en España no solamente de la mano de Olavide —como original español, al menos sin hacer constar lo contrario— sino que también fuera traducida antes de la fecha de prohibición arriba expresada, por otro escritor, Rodríguez de Arellano, que la publica bajo el título *El sepulcro en el monte* (título más cercano, como en general el texto, al original en su *Decámeron Español* (Madrid, 1805); hecho del que por lo visto nadie se dio cuenta, ni entonces ni hasta ahora, según creo (104). Se comprende —volviendo atrás con nueva perspectiva— el escaso afán de publicar novelitas de dudosa inocuidad doctrinal a nombre propio, aunque no creo que este motivo fuera conscientemente admitido por el Olavide converso, al menos en toda su gravedad. En cualquier caso, *Félix et Pauline* es un ejemplo de la difusión real de libros prohibidos —o que corren peligro de serlo inmediatamente— a que hace referencia Defourneaux: "la publicación de fragmentos de autores prohibidos, literalmente traducidos o parafraseados, en diarios literarios con la tolerancia consciente o inconsciente del Santo Oficio, así como la publicación en España misma de traducciones o adaptaciones *ad usum hispanorum* de obras prohibidas, que bajo el disfraz español escapan —a veces provisionalmente— a los golpes de la Inquisición" (105).

Para no caer en la tentación, ni por un momento, de minusvalorar la producción narrativa de Olavide, una vez apuntados sus límites, habría que contemplar lo que significa la traducción de obras extranjeras en el XVIII español. En cierta manera, algo similar a las adaptaciones e imitaciones de géneros nuevos en todos los tiempos, sin las cuales no se entiende la historia de la literatura de un país en su conjunto. Olavide procede en el campo de la narrativa como lo había hecho en el teatro con anterioridad: traducir, adaptando lo que cree imprescindible para una mejor asimilación del público, con el fin de difundir: difundir las nuevas ideas, en los nuevos moldes. Igual que

(101) *Inquisición y censura de libros en la España del siglo XVIII*, Madrid, Taurus, 1973, pág. 140.

(102) *Id., ib.*, pág. 140.

(103) *Testamento...*, ed. cit., pág. 281.

(104) En un próximo estudio analizaré las variantes entre el original y las dos traducciones.

(105) *Inquisición...*, ob. cit., pág. 191.

no se mostró partidario de adaptar el teatro español antiguo y sí, por el contrario, de que se tradujeran e imitaran las obras actuales extranjeras (106). En realidad, la tarea de Olavide con respecto a la novela se mueve al mismo nivel —al menos intencionalmente— que su anterior labor con el teatro, a favor de una renovación del género en España, dentro de la actitud general de los ilustrados del círculo de Olavide en concreto, que consideran como lícito y normal la utilización amplísima de obras editadas, como prueban las palabras de Jovellanos en la *Advertencia* a su obra *El delincuente honrado:* "Por otra parte, sí es cierto que hay una especie de propiedad en los escritos y en las ideas que cada uno ordena para su uso privado, y que es un injusto violador de este derecho quien los publica a hurtadillas de su autor, también lo es que cuando los escritos se han hecho comunes por medio de la prensa, á nadie se ofende en reproducirlos y multiplicarlos; y que quien lo hace para mejorarlos, más que reprensión, es digno de agradecimiento" (107).

En este ambiente se mueven los numerosos traductores y adaptadores, de mayor o menor categoría en cuanto a personalidad literaria propia: personas tan cercanas en otro tiempo a Olavide como Cándido María Trigueros y muchos otros modestos y desconocidos que contribuyeron decisivamente a enraizar la nueva novela en España, como señaló J. Marco: "La avalancha de la novela moderna a principios del siglo XIX, de fuente principalmente francesa, confirmó el género. Nuestro papel, en este caso, estuvo reservado al de simples transmisores. Pero los traductores no actuaron como máquinas, intentaron valorar el trabajo que estaban realizando [...] El individualismo acentuado de los traductores no respetó los originales. Más que traducir se adaptó. Y de tales adaptaciones de la forma nacional de considerar una novela de importación, iba a nacer la novela española contemporánea" (108). Hay que tener en cuenta que la denominación —que por otra parte no aparece en las novelas de Olavide— de "original", ni siquiera indicaba que no se tratara de alguna traducción, como indica Brown para obras no muy posteriores: "De 'novela original española' calificaban a sus adaptaciones los novelistas españoles de aquella época, y no se debe creer que en este subtítulo genérico el término 'original' se contraponía a 'traducción' sino que entrañaba algo del sentido que tenía esta palabra en la crítica literaria desde el siglo XVIII de "inventado, creado de nuevo" (109).

Problemas de la novela española finales del XVIII

No queda sino concluir; provisionalmente en algunos aspectos. Quizás una última consideración, de orden general, referida a la novela de la época, nos llevaría a reflexionar una vez más en las dificultades que presenta su estudio y en concreto, las de establecer autorías mientras no se comprueben las obras de cada autor, cosa quizás imposible. Las dificultades en ese sentido son imponentes y capaces de desanimar a cualquiera, como ya estudiosos relevantes han señalado hace tiempo, igual que es clara la necesidad e interés de

(106) Cfr. Aguilar Piñal, *Sevilla...*, ob. cit., pág. 89.

(107) Madrid, BAE, 1963, tomo I, pág. 78.

(108) "Notas a una estética de la novela española (1795-1842)", *Boletín de la Real Academia Española,* XLVI, 1966, págs. 115 y 124.

(109) *La novela...*, ob. cit., pág. 10.

la tarea a pesar de todo; también luchando contra la desaparición material de las propias obras y hasta de referencias fiables de ellas (110).

Pienso de todo esto que no hay que exagerar la tendencia a creer que prácticamente no existió novela original española en la época, pero que tampoco hay que dejarse llevar por un optimismo extremado en el que algunos críticos caen al no darse cuenta de lo que tal vez no es más que un deseo que debe ajustarse a los límites de la realidad. Ferreras, por ejemplo, cree originales erróneamente —aunque en ocasiones se contradice— por lo menos algunas novelas como las que hemos visto de Céspedes y Monroy, de Rodríguez de Arellano y otras, como en el caso de Trigueros (111), y la de Salvá, *Irene y Clara o la madre imperiosa* con la que se entusiasma ("magnífica novela de ruptura" (112) la llama). Y luego es necesario proseguir en una lectura atenta y comparativa de todo lo que queda, sin encuadres rígidos en moldes que quizás no valgan para todas las obras parecidas. En concreto me refiero a calificaciones (más que clasificaciones) como las que hace Ferreras, que, siendo atractivas y dejando aparte el admirable esfuerzo de documentación que suponen, no parecen suficientemente fundadas, como ya ha indicado Romero Tobar con todo acierto, refiriéndose precisamente a las novelas de Olavide: "De todas formas, las dificultades que plantea la doble división de Ferreras surgen en el momento que se aplica su esquema explicativo a novelas concretas. Las seis desconocidas novelas de Olavide —que ha publicado Estuardo Núñez— entreveran elementos sentimentales y moralización "ilustrada" casi a partes iguales" (113). Cuánto más si resulta que una novela como *Félix et Pauline* (por tomar una obra significativa) bajo forma de *El fruto de la ambición,* la mete en el saco de "la tendencia moral y educativa" (114); novelas para señoritas bien educadas y de cierta posición económica" (115) sobre cuyas supuestas virtudes alienadoras se explaya, siendo así que la tesis de Blanchard, en cuyo relato todos los males irreparables que acontecen provienen de haber contrariado la afición natural de los dos jóvenes, no puede ser más opuesto al cuadro que traza Ferreras (felicidad final de la heroína, en forma de boda, gracias a la perfecta sumisión, que debe grabarse como sea en la lectora, a la autoridad del padre, tutor, hermano o marido). Ferreras no hace la menor alusión al hecho de que *El fruto de la ambición* (116) de Céspedes y Monroy —ironías de estas tareas— sea la misma obra, con mínimas diferencias de adaptación, que *El sepulcro en el monte* de Rodríguez de Arellano, es decir, dos traducciones de *Félix et Pauline ou le tombeau au pied du Mont-Jura;* hace, sin embargo, diferencias a la hora de juzgar y sentenciar a los dos autores, desde el punto de vista tan peculiar que sustenta acerca de los principios éticos en general: "Tal es la posición, muy dieciochesca todavía de Valladares y Sotomayor; en este autor, como en Olive, como en Céspedes y Monroy, que escriben a caballo entre dos siglos, el concepto de utilidad no se

(110) Cfr. A. Iniesta Oneca, "Sobre algunas traducciones españolas de novelas", *Revista de Literatura,* 1965, XXVII, págs. 79-85.

(111) Véase su nota a *Los dos desesperados. Anécdota,* en que declara traducirla del inglés, en concreto del tomo I del *Lady's Magazine* del año 1770, pág. 12, en que se publicó con el título "*Happiness the effect of misfortune,* esto es, *La dicha efecto de la desdicha*" (*Mis pasatiempos,* Madrid, 1804, tomo I, pág. 181).

(112) *Los orígenes...,* ob. cit., pág. 236.

(113) *La novela popular española del siglo XIX,* Madrid, Ariel-Fundación J. March, 1976, pág. 42.

(114) *Los orígenes...,* ob. cit., pág. 100.

(115) *Id., ib.,* pág. 172.

(116) Aparte de que, como señalamos arriba, ni en *Los orígenes...* ni en el *Catálogo* incorpora los descubrimientos de E. Núñez con respecto a Olavide.

ha transformado aún completamente en moral [...] Poco más tarde, el racionalismo se convertirá en moral, y en moral de las peores, la más institucionalizada. Compárese a este respecto [...] con la posición moralizante, irracional en suma, de un Rodríguez de Arellano, arreglador incansable de las más moralizantes y soporíferas obras francesas" (117). Directamente enfrenta a éste último con Céspedes y Monroy: "No es, sin embargo, Céspedes y Monroy un portavoz de la moral oficial, como lo va a ser Vicente Rodríguez de Arellano" (118). Claro está que Ferreras considera lo que cree obra de Rodríguez de Arellano (119) una "historia española" que "en realidad se trata de una *suite* de discursos morales a cargo de diferentes 'santos ministros' " (120). Ignoro a cuáles puede referirse, salvo una intervención incidental que expresamente, aunque con respeto, se condena; pero desde luego creo que esta novela es todo menos pacata y reaccionaria: sentimental extremada, el héroe intenta matar a su amada y luego se suicida; la heroína enloquece y muere. Todo ello en un marco de naturaleza libre y bondad natural que se ensalza, contrariada por la avaricia del mundo exterior. Por añadidura, es Céspedes y no Rodríguez de Arellano quien atenúa —aunque no siempre— algunos hechos más disonantes con las costumbres españolas que aparecen en el original de Blanchard, como puede ser la tumba de los amantes bajo una simple piedra en en el monte transformada en un sepulcro convencional en el cementerio de la aldea, mientras que Arellano modifica menos el original, manteniendo la piedra al pie del abeto, (pino en la versión castellana), el homenaje del viajero a los amantes y algunos nombres que no hispaniza. De manera esquemática, algunas de estas últimas diferencias podemos verlas en el cuadro siguiente:

	Blanchard	Céspedes y M.	R. de Arellano
Forastero	[autor]	Mauricio	Diego Ramírez
anciano	—	[Incógnito]	Clemente de Isaba
amigo	Vicent	Baptista	Vicente
hijo	Félix	Albano	Alberto
hija	Pauline	Rufina	Clemencia
caballero	Varanzai	Fermín de Lerena	Varanzai
ciudad	París	Madrid	París
lugar	Alpes	Vizcaya	Pirineo
	Mont-Jura		Valle del Roncal
	(Saint-Claude)		(San Juan de Pie del Puerto)

Las novelas de Olavide y la historia de la literatura española

Cabe decir, una vez más, que sólo las circunstancias impidieron quizás que el papel de Olavide con respecto a la novela en España no tuviera de hecho la resonancia que tuvo el suyo propio con respecto al teatro —que sólo recientemente se ha empezado a valorar como se merece—. Circunstancias persona-

(117) *Los orígenes...*, ob. cit., pág. 170.

(118) *Id., ib.*, pág. 180.

(119) "Rodríguez de Arellano, que había comenzado su tarea de traductor con [...] va a lanzarse por fin, por su cuenta, a la gran aventura novelesca" (*Id., ib.*, pág. 185).

(120) *Id., ib.*, pág. 187.

les del antiguo Asistente de Sevilla, que han cambiado de tal manera que muy poco queda del brillo social ni del atractivo círculo de amistades que con él colaboraban —ni siquiera del vigor de la salud y la edad—; y luego la muerte y los graves problemas de la nación con la guerra al final. Cierto es que en sus últimos años le acompaña una fama aún mayor, pero no propicia a experimentos novelescos. Sin embargo, el conocimiento de las obras narrativas del antiguo Asistente de Sevilla tiene importancia fundamental para estudiar la novela en los años decisivos del cambio de siglo y calibrar sus consecuencias en la literatura española. Aparte de las precisas rectificaciones, las conclusiones que en este artículo he tratado de demostrar positivamente pueden resumirse en corto espacio. Por un lado, no sólo ampliar la nómina de las novelas en cuanto a titulación sino comprobar la coincidencia de los textos de Nueva York con los de las *Lecturas útiles y entretenidas* y los títulos relacionados, por Fernández de los Ríos, y por tanto la existencia conservada de un número elevado de novelas completas que no habían sido tenidas en cuenta. Por otra parte, hacer notar que, de estas novelas, al menos tres de ellas *(Marcelo o los peligros de la Corte, El incógnito o el fruto de la ambición* y *Paulina o el amor desinteresado)* es decir, la mitad de los textos publicados por Núñez, son traducciones libres de originales franceses *(Guermeuil, Félix et Pauline on le tombeau au pied du Mont-Jura* y *Ernestine,* respectivamente) lo que permite suponer, junto con la práctica inveterada de Olavide como traductor y adaptador, que otras o quizás todas las demás novelas lo sean también. Todo ello lleva a replantear el verdadero papel de Olavide con respecto a la novela del siglo XVIII español, que no por menos original, en el sentido actual del término, es menos importante. En definitiva, salvando las distancias —que no son tantas si se considera la escasez de obras originales españolas y de traducciones, la resistencia a las novedades y la popularidad paradójicamente alcanzada por este tipo de novelas, que afianzaría el género en España— cabe adjudicar a Olavide en este campo el mismo papel que representó en la España dieciochesca con respecto a la renovación del teatro; y, por consiguiente, también en la narrativa, de ahora en adelante, deberá entrar en la historia de la literatura española, en su debido sitio.